

anuario
1995

INSTITUTO
DE ESTUDIOS
ZAMORANOS
FLORIAN
DE OCA MPO



ANUARIO 1995

INSTITUTO DE ESTUDIOS ZAMORANOS
"FLORIÁN DE OCAMPO" (C.S.I.C.)

anuario
1995
INSTITUTO
DE ESTUDIOS
ZAMORANOS
FLORIAN
DE OCA MPO



CONSEJO DE REDACCIÓN

Miguel de Unamuno, Juan Carlos Alba López, Enrique Fernández-Prieto, Pedro García Alvarez,
Antonio Pedrero Yéboles, Carmen Seisdedos, Eusebio González García,
Francisco Rodríguez Pascual, José Luis González Vallvé, Luciano García Lorenzo,
Juan Ignacio Gutiérrez Nieto, Hortensia Larrén Izquierdo.

Secretario Redacción: Juan Carlos Alba López.

Diseño Portada: Ángel Luis Esteban Ramírez.

© INSTITUTO DE ESTUDIOS ZAMORANOS
“FLORIÁN DE OCAMPO”
Consejo Superior de Investigaciones Científicas (C.S.I.C.)
DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE ZAMORA.

ISSN.: 0213-82-12

Depósito Legal: ZA - 297 - 1988

Imprime: HERALDO DE ZAMORA. Santa Clara, 25 - 49014 ZAMORA
artes gráficas

ÍNDICE

ARTÍCULOS

ARQUEOLOGÍA	15
Intervenciones arqueológicas en la provincia de Zamora. 1995	17
Ana I. Viñé Escartín, Mónica Salvador Velasco, Luis Iglesias del Castillo y Ana M. Martín Arija: <i>«Los Molinos», un nuevo yacimiento de la Edad del Bronce. Vezdemarbán (Zamora)</i>	19
Ana M. Martín Arija, Mónica Salvador Velasco, Luis Iglesias del Castillo y Ana I. Viñé Escartín: <i>Excavación arqueológica en «Las Barranqueras» de Toro</i>	37
Luis Iglesias del Castillo, Ana M. Martín Arija, Mónica Salvador Velasco y Ana I. Viñé Escartín: <i>Marcas de cantería y grafitos de la iglesia de San Miguel Arcángel, en Moreruela de Tábara</i>	53
Ana I. Viñé Escartín, Mónica Salvador Velasco, Ana M. Martín Arija y Luis Iglesias del Castillo: <i>Documentación de los restos arquitectónicos del antiguo convento de San Francisco de Alcañices (Zamora)</i>	71
Ana M. Martín Arija, Ana I. Viñé Escartín, Mónica Salvador Velasco y Luis Iglesias del Castillo: <i>Excavación arqueológica en el solar de la Cl. Ramón Álvarez, nº 2 (Zamora)</i>	87
Miguel A. Martín Carbajo, Gregorio J. Marcos Contreras, Jesús C. Misiego Tejada, Francisco J. Sanz García y Francisco J. Pérez Rodríguez: <i>Excavación, documentación y seguimiento arqueológico en el solar de la Calle La Reina, números 6 y 8 (Zamora)</i>	105
Luis Iglesias del Castillo, Mónica Salvador Velasco, Ana I. Viñé Escartín, Ana M. Martín Arija, Miguel A. Martín Carbajo, Jesús C. Misiego Tejada, Francisco J. Sanz García, Gregorio J. Marcos Contreras y Francisco J. Pérez Rodríguez: <i>Prospección arqueológica de la zona anegada por el embalse de Ricobayo, sobre el río Esla (provincia de Zamora)</i>	119
ESTUDIOS ECONÓMICOS	145
M ^a Angeles Martín Ferrero: <i>El Comercio minorista en la tierra de Toro (1950-1991)</i>	147

ESTUDIOS FISCALES	173
Miguel Borrego Clavero: <i>El impuesto sobre bienes inmuebles con especial referencia a la provincia de Zamora</i>	175
FONDOS DOCUMENTALES	227
Pedro García Álvarez: <i>Documentos familiares (1494-1820) de D. Fermín de Melgar Barrio, regidor de Zamora</i>	229
José Luis Martín, Amanda Cabo, Dolores Moreno de Vega, Pía Senent y Juan Andrés Blanco: <i>Documentos sobre la reforma agraria referidos a la provincia de Zamora en los archivos del Iryda</i>	289
Antonio Matilla Tascón: <i>Documentación referente a Zamora y su provincia en el Archivo Histórico Nacional, Sección de Consejos: Sala de Gobierno</i>	307
HISTORIA	383
Juan Andrés Blanco Rodríguez y Coralia Alonso Valdés: <i>Zamoranos en Cuba desde finales del siglo XIX</i>	385
Enrique Fernández-Prieto: <i>Don Pablo Morillo y Morillo</i>	421
Manuel de la Granja Alonso: <i>Repoblación de Zamora en la Edad Media</i>	435
Francisco J. Lorenzo Pinar: <i>La autobiografía de Sor María Antonia de Jesús (1726-1799)</i>	467
M ^a Carmen Pérez Castaño: <i>La reforma de la beneficencia en Zamora (1540-1545)</i>	497
Cándido Ruiz González: <i>Toro en la etapa republicana: estructura social y económica (1931-1936)</i>	545
Jesús Vecilla Domínguez: <i>El convento de San Francisco de Zamora..</i>	579
LINGÜÍSTICA, CRÍTICA-CREACIÓN LITERARIA Y FILOLOGÍA	605
Esteban Conde Choya: <i>Zamora entre la ausencia y el reencuentro</i>	607
Juan Carlos González Ferrero: <i>Fichero bibliográfico para una enciclopedia dialectal de Zamora</i>	645
Francisco J. Peñas-Bermejo: <i>La creación como anclaje existencial en</i>	

<i>la poesía de Jesús Hilario Tundidor</i>	755
Milagros Pierna Belloso: <i>Cosas nuestras de cada día</i>	763
SOCIOLOGÍA	787
Aurora Sánchez Muñoz: <i>La provincia de Zamora en el proceso español de alfabetización. (1900-1930)</i>	789

ARTÍCULOS

LA AUTOBIOGRAFÍA DE SOR MARÍA ANTONIA DE JESÚS (1726-1799)

FRANCISCO J. LORENZO PINAR

LA AUTOBIOGRAFÍA DE SOR MARÍA ANTONIA DE JESÚS (1726-99)

El relato de sor María Antonia de Jesús, una monja concepcionista zamorana del Setecientos, nos enfrenta a un texto interesante al menos por un doble motivo¹. Se trata de un escrito redactado por una mujer y difiere de otras narraciones similares en el hecho de no estar elaborado por su confesor o por un hagiógrafo dedicado a exaltar milagros y virtudes de una monja singular, sino que presenta un carácter autógrafa². Estas circunstancias fueron la que incentivaron, en parte, nuestro deseo de sacar a la luz el documento que se conserva en el archivo del convento de la Concepción de Zamora³. Por otro lado, como señala J. S. Amelang, estas autobiografías espirituales nos permiten *recuperar las experiencias de las mujeres interpretadas en sus propios términos*, ofreciéndonos, por consiguiente, una visión más directa de sus vivencias personales⁴.

¹ Una primera aproximación a la experiencia de esta religiosa la realizamos en «Vida conventual femenina en la Zamora del siglo XVIII». *Mentalidad e ideología en el Antiguo Régimen. II Reunión Científica de la Asociación Española de Historia Moderna*. Murcia, 1992, pp. 305-17.

² En estos últimos años están siendo publicados varios estudios sobre textos autobiográficos de religiosas, como los efectuados sobre Francesca Busa, Elisabeth Strouven, Clara Steiger o la catalana Anna Domenge, entre otros. A diferencia de lo que sucede con el de sor María Antonia, algunos de ellos fueron redactados por monjas de la clase media-alta, prioras de sus conventos o fundadoras de ellos, o por mujeres vinculadas a movimientos de reforma religiosa aunque fuesen de carácter local.

Calvi, G. (Ed.), *La mujer barroca*, Madrid, 1995, pp. 109-134 y 135-156; Papa, C. «Tra il dire e il fare: Búsqueda de identidad y vida cotidiana». En *Religiosidad femenina: Expectativas y realidades (ss. VIII-XVIII)*. Madrid, 1991, pp. 73-92; Amelang, J. S. «Los usos de la autobiografía: monjas y beatas en la Cataluña Moderna», en Amelang, J. S. y Nash, M. *Historia y género: las mujeres en la Europa Moderna y Contemporánea*. Valencia, 1990, pp. 193 y 199; Doña María Pinel, *Retablo de Carmelitas*, Madrid, 1981.

³ Serrano y Sanz nos ofrece una amplia referencia en sus obras acerca de otros escritos, autógrafos o no, realizados por diferentes mujeres, entre ellas varias religiosas.

Serrano y Sanz, *Apuntes para una biblioteca de escritoras españolas*. Madrid B.A.E. 1975. Tomos 268-71.

⁴ Amelang, J. S., *Art. cit.*, p. 192.

Sor María Antonia redactó su biografía a modo de carta dirigida a su confesor, el cual le solicitó información al respecto y le obligó a escribirla, indicando por este motivo al comienzo de la narración que iniciaba el relato dando *principio a la obediencia*⁵. Un papel que envolvía su autobiografía explicitaba su voluntad de no otorgarle publicidad, al menos hasta su muerte. Con aquella decisión tal vez trataba de evitar la incomprensión a la que se vio sometida durante toda su vida debido a la singularidad de sus vivencias; o quizás intentó evadir una posible investigación sobre la veracidad de sus experiencias. Esta ocultación pudo deberse también al hecho de que temía no resultase bien aceptada su crítica al clero por su estado de relajación. En cualquier caso, sor Antonia nunca deseó mantenerse al margen de los límites de la ortodoxia y por ello inició su narración con una invocación trinitaria y una manifestación de obediencia hacia los ministros de la Iglesia.

Aunque en su escrito inserta datos sobre su filiación, no estuvo entre sus objetivos el reflejar pormenorizadamente los aspectos de su vida secular, sino sólo aquellos episodios significativos de su niñez y mocedad, indicativos de una precoz vocación religiosa, así como los obstáculos padecidos hasta lograr ingresar en el convento. Sor María Antonia data su nacimiento el día de la Natividad de Nuestra Señora, mencionando una efeméride con la que quizás intentó justificar el origen de su vocación mariana. Sin embargo, los datos de su partida de bautismo no coinciden con los ofrecidos por ella. Nació un año antes por esas fechas, concretamente el catorce de septiembre de 1726 en la parroquia zamorana de San Leonardo⁶. Su temprana inclinación hacia la vida religiosa, de la cual parecieron ser conscientes sus padres, quienes presintieron que *no se había de criar para las cosas del mundo*, no es asociada por parte de sor María Antonia a las posibles influencias de su hermano, fraile franciscano, ni a la virtud de sus progenitores o a su crianza en el *temor de Dios*, alejada de juegos infantiles o de bailes profanos a los que criticará en su relato, sino a una especie de presentimiento, a una *luz divina en su interior* la cual generaba su atracción por los ritos y celebraciones religiosas⁷.

Además de la mencionada vocación mariana, sor María Antonia trataría de explicar su adscripción a un convento concepcionista. Recurrió en este caso a un

⁵ En este sentido adopta la misma actitud que Elisabeth Strouven, quien escribió por *obediencia a la divina voluntad y cumpliendo las órdenes de su padre confesor*; o que Santa Teresa de Jesús, Anna Domenge e Hipólita Rocabertí, entre otras muchas.

Koorn, F., «Elisabeth Strouven, la mujer religiosa». En Calvi G. (Ed). *Op. cit.* p. 137; Amelang, J. S., *Art. cit.*, pp. 191-212.

⁶ Sus padrinos fueron sus abuelos Antonio Vezerra y María Manceba.

A.H.D. Za. *Archivos parroquiales*, San Leonardo, 281-13. (2). Libro de bautizados. 21-IX-1726. Fol. 193r.

⁷ Esta vocación religiosa temprana, ligada a diferentes sueños, se encuentra también en gran parte de las monjas visionarias, tanto en aquéllas cuyas experiencias han sido aceptadas por la Iglesia Católica como las que mostraron un comportamiento fraudulento.

Imirizaldu, J., *Monjas beatas y embaucadoras*. Madrid, 1978, pp. 34-35; Brown, J. C., *Afectos vergonzosos. Sor Benedetta: entre santa y lesbiana*. Barcelona, 1989, pp. 35 y 40; Cueto, R., *Quimeras y sueños. Los profetas y la Monarquía Católica de Felipe IV*. Valladolid, 1994, pp. 28, 31 y 41.

argumento de carácter sobrenatural: se debió a una disputa mantenida entre la Virgen y su Hijo, en la que aquélla explicitó su deseo de tener a sor María Antonia en un monasterio de su advocación. A pesar de todo ese ambiente preparatorio, la sensación que tuvo al incorporarse al mundo de la clausura, en 1755, a los veintinueve años de edad, no fue grata: le entró una congoja y todos los miembros se le *convieron*; una impresión similar a la de Santa Teresa⁸.

Las vivencias de esta religiosa zamorana —perdida de su madre⁹ y de su hermano cuando era una niña, el cruel trato recibido durante su período de escolarización, su carácter enfermizo, la oposición paterna a sus inclinaciones religiosas o la incompreensión de la gente— contribuyeron a forjar en ella un concepto pesimista de la existencia terrena. Esta valoración negativa coincidía con la plasmada por innumerables obras literarias y sermones eclesiásticos a los que ella probablemente tuvo acceso o escuchó. Las experiencias vitales de sor María Antonia, mantuvieron además claros paralelismos con las de otras religiosas de renombre, caso de Santa Teresa. Ambas resaltan en sus relatos la virtuosidad de sus padres, una temprana vocación religiosa, ligada a deseos de padecer martirios desde su niñez; vieron desaparecer prematuramente a sus madres y sufrieron enfermedades continuas. Los sentimientos de la monja abulense al entrar en clausura, quien sintió que cada *hueso se apartaba de por sí*, se traducen en la religiosa zamorana en una congoja y temblor que le conmocionaron todos los miembros del cuerpo. Las dos experimentaron visiones en las que aparecían ángeles, santos, la Virgen y su Hijo, o almas del Purgatorio por las que intercedían. Mostraron una gran devoción por el Cristo llagado y crucificado e incluso en su narración, escrita en ambos casos por orden de sus confesores, emplearon un lenguaje similar con términos como afectos, arrobamientos, mercedes y regalos para definir su vivencia espiritual.

La vida que nos presenta sor María Antonia en su autobiografía se concibe como una constante lucha, un combate contra la enfermedad, compañera inseparable durante largos años de su existencia y a la que vio como un deseo de estorbar los propósitos divinos en su persona. Sus sufrimientos le resultaban soportables simplemente porque no tenían parangón con los de Cristo en la cruz. Hallaban explicación en su profundo sentido de culpabilidad y de ofensa a Dios. Existió en esta reli-

⁸ En el libro de profesiones religiosas se dice en el número 99: *Soror María Antonia de Jesús tomó el ávito el día 27 de abril de año de 1755. Natural de esta ciudad de Zamora, hija legitima de Andrés Aparicio y de Benita Bezer[r]a, su muger. Púsose en libertad ante don Blas Sobrino, provisor, y notario don Phelipe Aliende. Profesó de velo blanco el día 30 de abril de 1756.*

Archivo del Convento de la Concepción. Cajón 5.

⁹ Fallecería en 1742, cuando sor María Antonia contaba con 15 años de edad. La partida de defunción indica que fue enterrada en una sepultura propia de la iglesia zamorana de San Leonardo, junto al altar del Cristo. En ella se afirma que no realizó testamento por *no tener de qué*, dato indicativo de las penurias atravesadas por la familia de la monja las cuales se fueron agravando con el paso del tiempo impidiendo probablemente su inserción en el mundo conventual en una fecha más temprana.

A.H.D. Za. *Archivos parroquiales*. San Leonardo, 281-13 (9). Libro de Difuntos. Fol. 23 v.

giosa una patente atracción por la pasión de Cristo y una continua identificación con el Crucificado, hasta el punto de desear sus mismos padecimientos. Como otras visionarias llegó a estigmatizaciones aunque no tan pronunciadas. Cuenta cómo en el empeine del pie le salió un cardenal en el período de Semana Santa a lo largo de varios años; tuvo además un fuerte dolor en el hombro tras haberle acercado la Virgen una cruz en una de sus visiones. Sus deseos de entrega y sufrimiento le condujeron a ofrecer literalmente su corazón a Dios, afirmando que no llegaba a sentirlo en su interior. Aquella ingenuidad provocaría la risa de su confesor.

Entre los conflictos internos a los que tuvo que enfrentarse destaca el relacionado con sus tentaciones contra la castidad. Si durante el período previo a la entrada en el convento pudo con facilidad rechazar a todos sus pretendientes, parece que las tentaciones en forma de sueños, en los cuales se le aparecía un hermoso varón, le acosaron con mayor intensidad una vez hubo profesado como religiosa. En el terreno espiritual, la lucha que caracterizó su experiencia vital se transformó en una batalla contra el diablo a quien identificaba como el *enemigo o la bestia* ligándole frecuentemente a la oscuridad. Estas visiones diabólicas dejaban traslucir ciertos visos de racismo al asociar a los negros que aparecían en ellas con seres malévolos. Para sor María Antonia, el diablo se *revestía* en las personas que intentaban hacerle mal, caso del marido de una curandera o de su maestra de costura a quien, en un rasgo de ironía, calificaba de *Herodes*. La huida diabólica sólo parecía posible cuando renegaba públicamente de Satanás.

Los padecimientos de sor Antonia se vieron compensados, a tenor de sus afirmaciones, por numerosas apariciones en sus sueños de seres celestes con quienes mantenía *afectos* o conversaciones. Estos estados oníricos y visionarios, que hacían a la monja *salir de sí*, son descritos con una amplia gama de términos. Se hallaba *abrasada en amor, como una llama encendida, enardecida, suspendidas todas las potencias y sentidos, como un volcán encendido o recogida en su interior*. Experiencias todas ellas ligadas en ocasiones a cierto sensualismo: acariciaba al niño, rozaba las heridas del costado del Señor, recibía un chorro de sangre de su costado o se mantenía en los brazos de Cristo.

La Virgen y su Hijo se convertían en sus sueños casi en una constante. Les trataba con gran intimidad y familiaridad, actitud similar a las otras monjas visionarias que le precedieron, especialmente durante el período Barroco¹⁰. Otros seres celestes que formaron parte del cortejo de aparecidos fueron san José, un ángel o los patriarcas santo Domingo y san Francisco. No faltaron las almas del Purgatorio hacia las cuales esta religiosa, como ya señalábamos, mantuvo una gran devoción. Estas ánimas penitentes solían formar parte de los numerosos *exempla* y relatos religiosos a los que la monja pudo tener acceso a través de lecturas personales o comunitarias, o bien mediante la audiencia de los sermones.

¹⁰ Vid. Sánchez Lora, J. L., *Mujeres, conventos y formas de religiosidad barroca*. Madrid, 1988.

La oración y el ayuno se forjaron también como dos de los rasgos distintivos de sus vivencias espirituales. Sor María Antonia deja patente haber comido en varias ocasiones *por ceremonia*, resaltando de este modo su capacidad de abstinencia. Respecto a sus plegarias, efectuadas a menudo a altas horas de la noche, estuvieron destinadas fundamentalmente a favorecer a quienes se hallaban en pecado mortal, a las almas del Purgatorio o a interceder por el estado de la Iglesia.

La experiencia vital de sor María Antonia, aunque gozó de la aprobación de su confesor, chocó con la incomprensión de sus compañeras. A veces sus *trasposiciones*, como ella las denominaba, la dejaban inmovilizada teniendo que ser llevada por alguna de las religiosas en ese estado de trance desde el coro a la celda. Aquel fenómeno fue achacado a una intervención demoníaca siendo tildada por ello de beata e hipócrita. ¿Consideraban sus compañeras estas *trasposiciones* como una estrategia para adquirir reputación por parte de una monja de velo blanco, dedicada a tareas domésticas, en una comunidad donde predominaban mujeres descendientes de caballeros y de personas con el título de don? De no responder a este motivo y tratarse de un simple rechazo generalizado hacia experiencias *sobrenaturales* o extrarregulares cabe preguntarnos por qué no fueron objeto de la misma incomprensión las vivencias de sor Isabel de la Encarnación, coetánea de sor María Antonia.

A pesar de esta oposición, el confesor de sor María Antonia, el franciscano fray Francisco Temprano, decidió no dejar encerradas aquellas experiencias entre las paredes de su confesionario encargando a la monja su redacción. Con posterioridad, él mismo incluiría algunos aspectos de la vida de la religiosa que creyó relevantes. El texto añadido por el confesor, el cual se halla a continuación de una edición efectuada por la monja, narra acontecimientos entre 1765 y 1768. En él desaparecen los aspectos visionarios para dar lugar a noticias personales —caso del empobrecimiento del padre de sor María Antonia— y sobre todo a testimonios de curaciones efectuadas por la religiosa. Para evitar cualquier tipo de conjeturas se dejaba clara la obediencia de la monja hacia su confesor y superiores. La aprobación del confesor trataba así de paliar las sombras de la duda.

Sólo nos resta efectuar algunas precisiones en torno al documento. Hemos optado por presentar una transcripción literal con el objeto de apreciar mejor la ortografía, el estilo y los cambios operados a lo largo del relato. Sor María Antonia realizó en un principio una redacción parcial a la que añadiría con posterioridad nuevas experiencias vividas o recordadas. Ignoramos el tiempo transcurrido entre la escritura parcial del relato y su ampliación. No debió de ser corto ya que se perciben cambios significativos en la ortografía, fruto tal vez de algunas lecturas llevadas a cabo por la religiosa en ese intervalo de tiempo. Así por ejemplo, la conjunción *y*, ya no aparecerá en el relato añadido como *hi*; ni el pronombre *yo* como *hio*. No obstante, se aprecia la pervivencia de ciertas particularidades ortográficas, caso de la terminación siempre en *z* de las palabras que deberían llevar *d*; el uso de la *v* en las que se escribirían con *b* o de la *g* en las que deberían aparecer con *j*. Estas permanencias, junto a las numerosas trasposiciones silábicas, el estilo y la

grafía del texto nos hacen pensar en una misma mano redactora para el relato incorporado entre la primera redacción de sor María Antonia y la de su confesor.

AUTOBIOGRAFÍA DE SOR MARÍA ANTONIA DE JESÚS

¡Viva Jesús, María y Joseph! a quien pido su anparo hi socor[r]o hi a toda la Santíssima Trenidaz, Padre, Hijo, Hespíritu Santo, trino en personas hi uno en hesencia, a quien creo hi adoro como mi principio hi último fin hi deséola hacer en todo su volunta[d] santíssima hi la de sus ministros. Me rindo ciega a esta ovra, pues conozco no es racón ocultar las grandes misericordias que el Señor ovra en las criaturas, doi principio a la ovediencia.

Primeramente digo que mi padre, Andrés de Aparicio, [fue] natural del ovispado de Segovia, natural del lugar de Otero Her[r]eros. Mis agüelos, Manuel de Aparicio hi Vrígida López, natural[es] del dicho lugar, hi mis agüelos por paterna son naturales del reino de Navar[r]a, hidalgos por la gracia del Señor.

Por materna, mi madre, que el Señor tenga en su Gloria, se llamava Venita Vecerra, hija de Antonio Vecerra hi de Marta Martínez, natural del reino de Galicia hi del ovispado de Orense. Heran de virtud vastante. Hi en la Seráfica Orden ai algunos parientes en grado alto.

Hio, sor María Antonia de Jesús, hi rendida sierva del Señor, religiosa indina en esta santa cumunidadz de la Inmaquilada Conceición, nació en el año de mil setecientos hi veintisiete a ocho de setienvre, amaneciente al día de la Natividad de la Señora. Nací como las demás criaturas a la inclemencia deste miserable siglo, no sin vastante contento de mis padres pues desde que nací se les infundió que el Señor no me avía de criar para las cosas del mundo. Me criaron con vastante qüidado hi santo temor de Dios, hi hesto les costava tan poco porque la luz divina sienpre permaneció en mi interior hi me parece la tuve desde mi niñez. Oía muchas veces decir a mis padres que siendo de mantillas o de pecho, que es lo mismo, que mi madre me llevaba a misa por el gusto que le dava, por lo que estava de quieta en el santo sacrificio, pero quanto leva[n]tavan al Señor el sacerdote, salía de mi silencio, hera lo que saltava, hi si como vailara saltava de los vracos de mi madre con mil grofeos de contento, luego me quedava en mi silencio. En esta misma niñez el henemigo trabagó por ver cómo avía de desgraciar la planta que el Señor avía criado. Enfermé hi el cariño de padres que desean conseq[u]ir el alivio me llevaron a una muger para que me curase. Al marido de la tal se le revistió el henemigo de suerte que en los vracos de su muger mi padre entendió me acía una mala gera, pues con el garavato del candil con que alunv[r]ava me quería sacar los ojos. Mi padre, celoso del peligro, me revató de sus manos hi me llevaron para casa con vastante temor hi pesadunvre de tal hecho. El Señor fue servido de megorarme con que recibieron mis padres consuelo.

Siendo ia gra[n]dica todos los vecinos oservando no tenía los enredos ni argu- llos de las demás niñas, ni a mí me llevaba la inclinación, llegaron a decir a mi madre me diera más livertaz hi que no me tuviera tan sugeta, pero mi madre que me mirava más de cerca hi no hiva en su mano respondió que no quitava a su hija se divertiera como las dimás niñas, pero que creía que su hija no se criava para tras- fagos del mundo. Con esto me quería dar más alargas, pero como el Señor me dio la luz de amarle hi conocerle, nada de mundo me llevaba hi nada me divertía. Sólo pensava cómo acertaría a servir al Señor. Nada me divertía sino quando mi madre me llevaba al templo. Allí tenía todas mis delicias hi conve[r]saciones con el Señor.

En fin, me pusieron mis padres a las dos escuelas de le[e]r hi de costura. No puedo decir lo que en esta escuela de coser padecí porque el henemigo alló la suia para mi tormento. Me tomó ésta tal tedio porque interiormente fue sugerida de la vestia infernal hi me molestava en todo lo que podía. Un día, por falsas acusacio- nes de otras niñas o vien porque les parecía lisongiavan el gusto de la maestra, como viían no lo acía conmigo como lo hacía con hellas hi que las mirava con más cari- ño, se ensagrenta[ba] conmigo esta maestra, que con una vara que tenía me puso la caveca llena de vultos hi oi (sic) con mi inocencia la decía por qué me maltratava de aquella fonma (sic), pero la povre, que no lo podía remadiás (sic), quanto más le decía más me lastimava la caveca. En este lance se me puso quando el Señor le coronaron despinas para tolerar tal furor hi recibirle con paciencia. En fin, llegó la ora de enviar las niñas a comer, como fuese la ora del mediodía, que asta en esto allé consuelo porque pasó la fiesta entre cerca de las diez del día asta cerca de las doce. Me fui para casa llena de dolores la caveca, acordándome los que el Señor por mí padeció quando le coronaron despinas. Mi madre, que apenas lleg[u]é me tomó de la mano con el fin de peinarme. Io le pedí que por Dios me degase por aquel día para io poder disimular el hecho de la maestra. No pude. A la primera vez que me puso la mano en la caveca encontró el daño. Por entonces quedó la povre señora pasmada de ver tal fechuría persuadiéndome la digera quién me avía puesto de aquella forma. No la confesé verdaz porque la muger no tuviera qué sentir. Llamó a mi padre para que viesse la lástima hi tanvién me porfió le confesara la verdaz. En fin, no sacaron nada en linpio, que se quedaron con que hello salió de suio.

En otra ocasión esta misma muger se her[r]jitó contra mí por parecerle que la lavor quacía ni hiva a su gusto o por el tedio que me tomó. Vien hinocentes mis padres del trato que a su hija davan me pegó tan fuerte golpe con el dedal con que hella cosía que me quedó la mano entumida. Llegó a tal forma que estuve cinco años padeciendo dolores tan grandes que se me avrió por la palma de la mano de los mismos dolores hi nada supieron mis padres asta que un día no sé cómo se me escapó decir que la maestra me avía dado con un dedal. Mi padre, lleno de cólera, decía que la avía de matar. Le pedí se aquietara, que avía sido mal entendido pero que estando ia buena quél qué le quería acer. «Lo más que pido no me envíen más a hesa escuela». Así fue. Pasados los cinco años que sané, me llevaron a otra donde me mirava con vastante cariño hi no aquel *Herodes* que quería acavar conmigo,

pero Su Magestaz, que es fiel con los suos, no se quedó la tal sin su merecido, a verse tan desgraciada hi tan trabajosa que me dava lástima quando la vía.

Pasé el término de mis esqüelas tan fatigosas como penosas pues todo lo llevaba con tanta paciencia que me parecía lograva todos mis deseos en acompañar a mi Señor Jesucristo, hi todo me parecía nada en comparación de lo que por mí padeció.

Acavóse el término de las fatigas hi contradic[c]iones que padecí en estos tienpos de las esqüelas. Pasé algunos tienpos con al[gún] alivio hi pensando cómo degaría los vaivenes del mundo hi retirarme a parte solitaria donde con más liver-taz sirviese al Señor o hirme a padecer entre los infieles. Pensé mudar de vestime[n]ta para que así no fuera conocida de nadie. No allava alvitrio por modo ninguno (sic). Ofrecí al Señor mis deseos, me quedé en calma. Mi madre como viese nada deste mundo me divertía sino hera quando me llevaba a la higelsia todas las más veces de días de fiesta me llevaba a nuestro padre San Francisco. Hillí estendía con el Señor sacramentado mis afetos. En fin, me fueron esplahiendo hi divirtiendo hi me dava el divirtimiento con las demás niñas unas veces mis altares con alguna santa himagen de la Señora o de su Santíssimo Hijo. Las demás niñas que no gustavan destas diversiones por acer muñecas, por ser di más de gusto para hillas, hi que tanvién me di con fuga a esta diversión hio estava más atenta ia a estas cosas que en algún modo di la vuelta, pero el Señor quíidadoso, estando un día de fiesta en esta diversión io sola volví la caveca acia una escalera que dava a la pieca donde io estava. Bi que venía por la escalera hacia dondo (sic) io estava un or[r]ivle mostruo, tan negro que fue tal el pavor que me dio qua (sic) no averme el Señor asistido uviera un travago porque io pensava hecharme por la ventana por (sic) porque la escalera por donde avía de vagar confrontava por donde me cercava aquella mala figura del infierno que por tal la tuve, pero acíame cargo que la ventana estava vastante alta de la calle hi me reventava. Me determiné a cor[r]er o volar, para megor decir, por la escalera. Hera vastante larga pero me parece no puse en hella los pies cave en hello hi degando este entretenimiento no volví más a mirarlas.

Otro día me pasó lo mismo, que llevándome otras amigas a di[ve]rtirme con hellas, estávamos vailando en lo alto de su casa mui alegres. Acía el tegado que se veía de la casa de enfrente vi que venía otro mostruo como el pasado. Les dige toda ia llena de pavor: «¡Amigas, miraz lo que nos viene por allí!». Las povrecitas muertas de susto las animé hi dige: «Arreniego de ti, vestia infernal». Desapareció hi con estos avisos me retiré destes divertimientos. Yo, aunque niña, no degé de reflehionar. No hera del gusto del Señor todas estas diversiones. Pedí al Señor perdón hi le supliqué purificase mi coracón de todas mis culpas. Llegó al término que recibiera la sagrada cumunió, que todavía no colmugava por la poca hedaz. Aquí fue el regoci-go de mi coracón hi el temor que me dio como considerase lo mucho que a mi Dios le avía ofendido hi la mucha disposición que hera menester, me encogía hi dava al Señor mil gracias por tantos veneficios que se dinava hacia a su indina esclava. Entré conmigo a quicio y dige: «Alma mía, el Señor te crió hi te entregó a este povre quier-

po dándole toda la luz hi conocimiento de todo su ser divino. Aora ¿cómo me portaré para gra[n]gearte aumentos de virtudes? Pero, pobre de mí, que siendo de var[r]jo tan frágil nada podré favorecerte si mi Señor hi Criador no me favorece hi mi Madre Santíssima». Les supliqué que ia que Su Magestaz me concedía tan grande favor me diese gracia para saverle cor[e]sponder.

Pacificó el Señor mi corazón hi me quitó todo el temor. Reciví una tranquilidaz grande hi quietuz interior hi exterior. Allí se dilatava mi corazón con tales afetos de amor que mi corazón parecía se me avrasava en afetos de amor hi le pedía a Su Magesta[d] me diese la gracia de saverle amar hi servir. Le decía: «Soverano Señor hi dueño amoroso de mi alma, ia se pasó el tienpo que por mi niñez en que me divertía con hinocencia, pero conozco no hera de vuestro gusto pues para degar los enredos de mi niñez uvisteis menester amenacarme con or[r]endas visiones que el henemigo me hico, pero de todo os pido Soverano dueño mío me perdonéis mis hinorancias hi me confieso culpada».

Proseg[ui] en el temor santo. El henemigo henpecó a poner su vatería a ver cómo avía de der[r]ivame para quitarme la vida. Io me parece que algunas veces me tiravan de las hescaleras avago asta hir a dar a la casa de enfrente. Lo que puedo decir que algunas veces me acostava hi del rendimiento que a la mañana tenía no me podía mover hi toda llena de pavor de aver visto tan fieras figuras. Por donde lo doi por cierto es por el suceso sig[u]iente: una noche mi madre pareció le fuese ora para llevame a a[c]ostar hi mi madre que se quedó esperando a mi padre, que a[que]lla noche se detuvo más que otras, —hio dormía cerca donde estava mi madre—, que me quedé en un sueño tan profundo que en fin, io me levanté con la profundidaz del sueño, sin saver de mí, me heché por la escalera a la sacón que mi padre suvía por hella hi cogiéndome en el aire porque a lo natural allí me quedara muerta por la violencia que io llevaba hi por ser las hescaleras de piedra. En fin, mi[s] padres volvieron a la cama. Con el susto que tomaron de que no volvía de mi sueno con tantos movimientos que me avían hecho mis padres, llenos de descon-suelos hi llantos acudió los vecinos más cercanos, les contó todo el suceso. Llegó tanvién un cirugano, hijo destes vecinos, por la güerta. Consolava a mis padre[s] de que no considerava peligro de muerte estas hidas hi venidas. Disperté, hi volviendo en mí disperté, vi todos llorando hi la casa alvorotada. Unos tomándome el pulso. Hi lo que más me asustó ver a mis padr[e]s llorar. Dige: «¡Jesús me asi[s]ta hi María Santíssima!». A hestas racones todos se llegaron a mi cama a preguntarme lo que tenía. Io pasmada de tal novedaz llegaron mis padres hi me dicen: «Hija, ¿qué es lo que te aflige?». Io respondí que nada. Vi que mi padre llorava de nuevo. Le dige por qué llorava hi me respondió: «Hija mía, vien se conoce hinoras el peligro en que tu vida a estado hesta noche. Io te livré de la muerte». «Pues, padre mío, io lo hinoro todo». Le respondí. Me contó el suceso hi vi que el Señor me livró de tan conocido peligro. Le di al Señor las gracias y le supliqué me livrase de los peligros hi asechancas del henemigo que no me degase en sus ga[r]ras pues me tenía tanta sez. Cesó todos estos artificios del henemigo hi quiso el Señor regalarme con

un fuerte dolor de hijada. La primera vez me duró unos quince días. Megoré. En este medio tienpo me llevó el Señor a mi madre, a quien tanto io amava, hi me volví con mi tarea del dolor dígado tan vivo hi tan fuerte que no me podía mover sin ser motivo de verme en las agonías de la muerte. No uvo remedios que me aliviara[n]. Me duró tres meses esta segunda vez. En fin, todos me degaron por muerte de ver no allavan remedio que me pintase. Esperavan cuándo dava la vida al Criador, pero el Señor, que quería tenerme en este martirio, me lo quitó quando el Señor fue servido. Todos estavan pasmados en ver con la paciencia que lo llevaba sin quegarme al Señor sino que todo lo ofrecía por mis amigas, las almas del santo Purgatorio, hi le ofrecía al Señor aquel corto osequio, pero io cada día me aumentava en mi coracón el deseo de padecer por su amor.

A pocos días me enpecó tan fuertes dolores de estómago, con tanta violencia que parecía se me acavava la vida. Esta tarea la tuve por cinco años. Desta forma sugetó el Señor con tanta misericordia los vríos de mi juventuz sin cesar de padecer día hi noche. En fin, me quedé con mi padre sola porque un ermano que tenía religioso de nuestro padre San Francisco, a quien amava hi tenía consuelo en algunas ocasiones, tanvién el Señor me lo llevó hi quedé sola, sólo con la companía de mi padre que fue para mí nu[e]vo martirio. Pasé algún tienpo con paz. Me dava a Dios todos los ratos que podía, pero la vestia infernal no se desquídó conmigo en estos años. No puedo decir lo que padecí con mi padre. De tal confomidaz se le revistió el henemigo hi en algunas criaturas que tanvién le aconsejavan contra mí se degó llevar de su genio, que lo tenía vastante fuerte. Lleg[u]é a los catorce años de hedaz, determinó uno quererse casar conmigo. Hera moco de todas circunstancias. Lo llegó mi padre a saver. Hio se lo desvanecí. Tomélo a mi qüenta antes que llegasen a mi padre hi le dige al que me solicitava que no se moletase, que no me llevaba el gusto por hese camino por entontes (sic). Después de muchas molestias que me ocasionaron con sus porfías quiso el Señor todo cesase. Pedí al Señor me livrase de tan fuertes tervolinos, que mi deseo hera conserva[r]me en pureca hi acer a Su Majesta[d] aquel corto sacrificio.

Me fui un día a mi par[r]oquia a o[í]r misa hi me dio tan fuerte impulso que vañada en lágrimas le supliqué al Señor me diese la gracia de saverme constituir a sus divinas aras hi a su Madre Santíssima que fuese mi camino hi mi g[u]ía en adelante hi delante que me conocía frágil hi miseravle, delante destos dos soberanos dueños hice voto de castidaz hi que me entregava toda en sus divinas manos hi voluntaz santíssima. Con este tan de mi deseo que hice al Señor llena de alegría hi goco interior me retiré a casa. Mi padre estrañava cada vez más el ver que nunca me veí inclinada a mudar destado hi que[no] lo tomava si alguna vez me proponía él que ia podía tomar estado pues se me proporcionavan algunas conveniencias buenas. A nada le contestava. Sólo le decía quan[do] le veía ar[r]ematado que no se apurase, que todavía hera mui niña, que me degase lograr de los tienpos. Con estos racones se sosegó algún tienpo. Quedé tan contenta como gocosa.

Aquí enpecaron mis fatigas, mis temores, con tal fuerza que parecía el Señor avía retirado su mano hi me avía desanparado. Se levantó tan tenpestaz que en nada topava consuelo. Heran tan fuertes las tentaciones contra la castidaz, las sugestiones del henemigo que me parece que no pudo poner má[s] artillería para der[r]ivar-me. Le pedía a Dios no me degase de su mano ia que se me ausentava hi me degava en tan funestas tormentas. En sueños me veía sugerida de tal conformidaz que de ver no podía lograr su gusto, que me devan de puñaladas hi con la aflicción que tenía dispertava llena de congogas mortales. Me parece me vi en término de perder la vida si el Señor no lo huviera tomado por su quenta. Io le gimía hi suspirava me livrase de caer tan grave daño. «Bien savéis, dueño de mi alma, me consagré con toda mi volunta[d] a vuestras divinas aras hi quisiera perder mil vidas antes que quevrantar mi promesa». «Io Señor», le decía, «me veo ia sin fruercas (sic) ni valor para la vatalla pero me dego toda en vuestras manos. Io estoi temerosa, si como frágil he cahído». Ni en el confesor quiso Su Magesta[d] allara salida. Me duró más de tres años esta sangrienta vatalla asta que un confesor que tuve después déste el Señor le dio luz hi tomó por remedio el sacramento de la hequarestía. Me hico comulgar con frequencia. Se me fue toda esta tentación hi me quedé en mi serenidaz. Aquí me quitó todos los temores hi fatigas que padecía.

Pero mi padre de verme en sacón de tomar estado hi que nada me movía, se enfureció contra mí de tal conformidaz que por dos veces me hico salir de casa. Io le decía que no tuviese de mí quidado, que mi remedio cor[r]ía por quenta del Señor. Nada le convecía. Le oviglaba a mi confesor a ir a tenplar a mi padre por lástima que le dava de verme tan afligida de sus furias. Asta del mismo confesor me vi tan oprimida que volviéndose con el parecer de mi padre para que me casase aquí fueron mis suspiros hi llantos. Me degó el Señor luchar algunos días en esta vatalla. Io hacía al confesor algunos cargos por mi promesa hi que no me llevaba el Señor por tal camino hi no avía de ser el henemigo o Dios que lo permitía quando salía de uno me entrave en otro. Visto que les parecía a los pretendientes que me lo estorvava mi padre hi que por mi confesor me avía de ovían (sic) de ovligar a tomar tal estado, lo pensaron vien. Porque se vio este tal religioso tan persig[u]ido de tal porfía que me llegó a decir que no tenía remedio, que me avía de casar con tal sugeto. Aquí me vi llena de confusión hi le dige se acordase tenía hecho voto al Señor. Hi me responde sacaría dispensa. No puedo decir la pena hi congoga que recibí con tal resolucion. Le dige que si partieran a pedacos mi cuerpo no avía de retroceder. Cada vez hiva peor. Mi padre con esto se rematava más contra mí. A mí me ovligó en quanto pasavan estas tormentas irme de casa de mi padre hi tanvién porque tanvién me decía me fuera. En este tiempo un vecino conpadecido de mis trabajos me llevó a casa de un cavallero. Hera conocido de mi padre. Heran los dos señores solos. Éste tal les contó mis trabajos. Se allavan en esta ocasión sin doncella. Se les hico novedaz de que mi padre diera en tal delirio por la falta que contenplavan le acía hi que no tenía entonces necesidaz de tal mudanca. Ésta para mí fue de gusto del Señor hi grande provecho para mi alma.

Aquí cor[r]ió el Señor el velo de todas mis afliciones hi persecuciones. Io me señorié de mí misma hechando afuera todo temor. Con estos señores encontré todo consuelo. Me tenían como cosa suia. No me pedían más que les encomendara a Dios. En este tiempo degé el confesor que tanto hegercitava mi paciencia hi no sin gusta disposición del Señor. El uno estava legos del convento hi me acía buena obra. En fin, tomé confesor. El uno por tenerle más a la mano, el otro por disponerle el Señor, así a este visto me hiva con él vien. Le pedí se hiciese cargo de mi alma hi que deseava confesor que me sacase de muchos apuros que me veía. Condescendió en hello porque tanvién éste tal me confesó. Después de algunos días que se vio interiormente tocado para esta ovra hi me digo que desde un día que me vio que no soñava el confesarme, que digo éste tal: «No sé qué me lleva esta señora, hella o a de venir a mis manos o algo es». Se cunplió porque a largos [d]ías fui rodando como la piedra a sus manos. Se esmeró con todo quídado en el adelantamiento de mi alma. Aquí el Señor enpecó astender los vracos de su misericordia i a confortar mi alma de tantas trivulaciones hi preseuciones. A este tiempo me vehía vastante afligida pero gustosa hi llena de un goco interior. Le pedía a Su Magesta[d] i a María Santíssima me dieran luz para saverles servir. Gastava algunos ratos después de mis santos hergercicios en mil ternuras con estos dos amados dueños. En la comida fue tan astinente que desde que nacé (sic) a mis padres les causava novedaz. En fin, la criada de afuera le dijo no ver la ostinencia hi vida de vivir que llevada no hera como se acostunvra. Un día tuvo la ocasión de verse sola conmigo. Hella contenta de tal ocasión me digo: «Señora, no sé que veo en su persona que me da tal golpe hi que su vida no es como de las demás. Veo se pasa quasi sin comer, a nada hace falta. Veo un una (sic) alegría tan grande que no sé cómo es, pues los sacramentos los frecuenta tan a menudo pero de todo, povre de mí, no siento más que su conpañía me a de durar poco». Hescuché a hésta sus racones hi la dige: «Hija, te parece mi vida no es como la de las demás. El Señor es el que todo lo guzga hi ve. A mí me parece que no a criado el Señor otra que más le ofenda, la más mala criatura a los ojos de los mortales es mejor que io. Hi te pido me encomiendes a Dios hi que Su Magestaz me dé dolor de lo mucho que le ofendo. La lástima, hija mía, que tadas (sic) las criaturas nos crió el Señor para que le sirviésemos, hio, miseravle de mí, no ago más que ofenderle hi te digo con verdaz que me avergüenco delante de Dios porque no miro criatura que no sea mejor que io. Mi conpañía te durará mui poco». Ésta dí mi raconamiento, acavó de rematar hi no retroceder de su pensamiento. La reñí para que no volviese más a meterse en lo que no le tocava. Hella, la provre, pesarosa no tuvo más descargo que pedirme le encomedase a Dios. No volvió más con sus llanecas o curi[o]sidaz. Io prog[ui]endo con mis hegercicios un día me vi tan apurada hi retirándome a un[a] pieca donde estava un[a] Señora de la Soledaz, der[r]ivada a sus pies, llena de lágrimas hi ternuras le decía: «Soverana Señora hi madre de pecadores, pediz por esta divina sierva hi esclava de vue[s]tro Divino Hijo Jesús se duela desta povre hi desvalida ovega. Hi pues me consagré a sus viví[si]mas aras, me retire de todo comercio

mundano hi que me conceda el estado religioso para que allí con más livertaz me entregase a su santo servic[i]o». A este modo hacía a la Señora mil súplicas. Reciví mucho consuelo. Salí de la pieca con el coracón hecho una vrasa encendida. Se me ofreció entrar en la sala, io fuera de mí me quedé sentada en un[a] silla hi me vi aconpañada de María Santíssima hi su divino esposo. Vi tres personas pero lo que perciví hera á[n]gel del Señor. Reciví un goco gra[n]de pero io azmirada no savía lo que por mí pasava. Dentro de un rato desaparecieron quedándome tan fortalecida como animosa a padecer. Éste que me pareció hera ángel me pareció fue el mismo que vi en una ocasión hi fue que siendo de unos once o doce años una noche en sueños vi que María Santíssima me llevó al santo Purgatorio en su conpañía. Estava un goven vastante ermoso. Me vi entre tantos lame[n]tos. Hera el fuego tan voraz que viendo tantas almas en tantos tormentos fue la congoga que recibí hi la lástima ce (sic) me ar[r]ancava el coracón. Pedía al Señor me concediera aliviar a estas povres almas hi a la Señora. Fue oída mi súplica. Hechó mano de hellas hi me digo la Señora: «Hija mía, mi Hijo te concede saques asta que seas avisada». Io tan oficiosa hi llena de goco veí suvir las almas como si nevara hasta que aquel joven hi la Señora me digeron: «¡Vasta, hija mía!». Llena de lágrimas le pedía me diese más hi me digeron no [e]staván purificadas todavía. Cesó la lluvia, pedí al Señor por las que quedavan. Le di al Señor mil gracias i a la Señora. Se me desaparecieron hi desperté llena de goco hi como si estuviera el (sic) las llamas metida en mil tormentos. Con este aviso creció en mí tanto la devoción de las almas que asta ora no las he perdido de vista. Todo me parecía poco para ofrecerles.

En fin, llegó el caso que mi padre vio la falta que hacía. Fuese a los señores hi les digo me hiva a llevar para su casa. Hellos, llenos de pena, le respondieron que lo sentían pero consideravan la falta que le acía. Me confesor tanvién me ovligó. Por verme temerosa por los pasages que con mi padre avía pasado io me volví para en casa de mi padre con arto temor. Quiso Dios que con la falta que esperime[n]tó estava tan mudado que no savía cómo darme gusto. Vivíamos como dos ángeles. Io me dava todo lo que podía a Dios. El Señor estendió su mano en favorecer mi alma. Tenía con la Señora tal familiaridaz que algunas veces estava aciendo mi lavor a solas hi me veía aconpañada de la Señora. Tenía mil coloquios hi una conversación como quando estamos con un grande amigo o amiga. En estas ocasiones le mostrava mis llagas hi la necesidaz de los mortales. Otras veces la veía con su Divino Hijo en los vracos. Aquí mi alma llena de afetos hi encendida de amor se me desalava el coracón hi con vivas ansias le ofrecía al Señor mi coracón hi el acierto de saverle servir en todo lo que mis fuerças alcanzaran. Un día, día de los desposorios de la Señora, aquel día avía confesado hi comulgado, io llena de afetos hi goco interior me retiré donde acostunvrava tener mi retiro hi oración. Tenía allí un divino [Ec]ce Omo, puesta a sus pies, llena de lágrimas, con mil ternuras le decía: «Soverano dueño, amante Jesús de mi alma ¿asta cuándo me queréis tener entre tantos convates hi peligros que el mundo da de sí?. Vien conozco, vida de mi

coracón, no tengo hichos méritos para que vuestra Magesta[d] oiga mis ruegos, pero os presento los vuestros hi los de vuestra madre, mi Señora, hi los méritos del patriarca san Joseph». Me quedé recogida pidiendo al Señor por todos los pecadores. A este tiempo, llena de amor que me avrasava vi a María Santíssima hi a su Divino Hijo y al padre san Joseph, vi que la Señora le pedía me concediera mi súplica. Avogava el santo patriarca tanvién por mí. Io estava llena de lágrimas. Vi Hijo hi Madre en una competencia. El Señor dijo: «Madre mía, a mi sierva la tengo preparada para esposa mía hi retirarla en clausura, en convento de mi fil[i]ación». La Señora le decía: «Hijo mío, os pipo (sic) me la degéis por mi quenta, io la tengo para convento mío». En fin, quedó agustado el ser religiosa de la fil[i]ación de la Señora. Io llena de goco les di las gracias hi desapareció toda aquella visión. Volví en mí llena de zamiración (sic) hi con grande encogimiento considerando las grandecas del Señor en un[a] ínfima criatura. En este tiempo el Señor estendió los vracos de su misericordia conmigo hi para mí de maior temor hi regelo (sic) en no perderme con este pasage me fui a mi confesor hi le dige: «Padre, nunca con más seguridaz le puede decir que dentro del ano en que estamos he de ser religiosa. Ia lo tengo seguro gracias a Dios». Como el confesor vio mi resuluçión hi que por mi padre no podía ser por verse atrasado me hico algunas pregunta[s]. Contéle lo que me avía pasado hi que dava racones tan figas. El confesor contento vio por la vista todo cunplido. En fin, io contenta ia con mis deseos ia cumplidos me quedé a la voluntaz del Señor y la Señora.

En este tiempo pedí a mi confesor o le declaré el deseo que tenía de ir a visitar los enfermos al santo ospital hi darles de comer. Me lo concedió hi h[i]endo mi confesor astar primero con el aministrador hi dando aviso a las enfermeras condescendieron a su rogativa. Hi volviendo a tomar a mi confesor la vendición i ove-diencia me dio licencia para esta ovra. Pasé algunos días con este santo hegercicio. Estava logrando del pasto de mi deseo. Io consolava a las enfermas hi las animava. En esta ocasión me encontré con una povre enferma que estava ia convaleciendo. Hera de poca hedaz hi tan afligida que la dige: «Hija, ¿qué te molesta?» Y me dice: «Señora, ¿qué quiere ustez me afliga?. Io he padecido un[a] recia enfermedad de tavidillo». Estava presente la enfermera hi me dice: «Mere (sic) ustez cómo quedé desta vista, ciega». Hi la enfermera presente ésta me digo que por diligencia que la hico no pudo acerle avir el ojo. Ia estavan desconsoladas de que perdía aquella vista. Io la consolé hi llena de fe la hice en nonvre de la Señora la senal de la cruz. Le volvió el Señor la vista tan clara hi ermosa como si no uviera tenido nada. La muchacha, llena de alegrí[a], hi la enfermera azmirada le dieron al Señor las gracias. Después de dar la comida a las enfermas hi la cena, el señor aministrado[r] hi otros devotos devotos (sic) hi [i]o nos hívamos a la higlieia andar el Vía Cruces. El henemigo por no perder la costunvre de persig[u]ir me levantó tal grima contra mí en punto de fama que llegaron a mi confesor que mirara que que (sic) no cor[r]ía vienas (sic) voces en el ospital de mí, que io hi el aministrador no andávamos vien. Lo sintió esto mi confesor mucho hi luego conoció dónde vinía

el parto. Me fui a confesar hinocente de lo que pasava. Mi confesor me escuchó mi confesión hi preguntá[n]dome los pasages que uviese tenido en el hegercicio de las enfermas me amonestó por virtud de santa ovediencia. Tenvlando, povre de mí, no savía qué le responder. «Ia no lo save», le dige, «no he visto más que mucha caridaz. Hes verda[d] que nos vamos andar el calvario a tarde hi mañana por las almas del Purgatorio». Me dio a anterder lo que pasava hi desde aquel día no me degó volver al ospital. Io sentí mucho esta mudanca pero quiso el Señor me hegertitase (sic) en la vencinda[d]. Les asistía en sus enfermedades. Algunas personas me llamavan la enfermera de la vecindaz. Otro día un enfermo, amigo o conocido, caió mortal de una grave enfermedad. Le fui a visitar después de misa. Lleg[u]éme a el povre enfermo. No vi más. Quando el povre se levantó como pudo, io le consolava amonestando no se moría de la enfermedad. Io vestía el ávito del Carmen. Se me agar[r]ó de la co[r]ría que trahía hi pidiéndome rogase al Señor por él me vi apurada hi dige: «Señora, esta ovra es vuestro». Io le di palavra de quedarme con él aquella noche. Fue el Señor servido que a los cinco días se levantó.

Como llevo citado de cómo el Señor favorecía con tanta misericordia a su indina esclava hi tan a manos llenas que algunas veces me a servido de confusión. Algunas veces exclamava y decía: «Señor, cor[r]ida me veo y avergoncada viendo que tanto me favorece vuesta misericordia hi io tan mal como os cor[r]espondo». Oí en el interior de mi alma unas palavras que me decían: «Hija mía, aces mi voluntaz hi te digo que en el padecer me as de himitar i a mi Madre Santíssima. Así [que] no temas, que a la vista estaré io hi mi Madre Santíssima hi degaré en tus trivulaciones hi penas gunto con todo lo lo (sic.) que te diere a saver hi padecer de mi pasión sin que mis ministros, hija mía, tengan que alvitriarme». Quedé llena de goco con el raconamiento del Señor. Conculió hi me digo: «Hija, tanvién te concedo todo lo que me pidas hi no temas. Hasí a sido pues no le he pedido cosa que Su Magestaz no me la conceda».

El sanar enfermos estendió el Señor su misericordia. En la comida fui tan astinente que algunas hi muchas veces he comido por la precisión de no poder ocultar todo lo que io que quería hi no por la falta que me hiciese, porque con la misma familiaridaz que a mis solas tratava con el Señor hi la Señora, me olvidava el comer hi vever. En este trato tan divino todo mi corazón se desacía en encendidos afetos. En todo el tienpo que duró este trato con Su Magestaz, hilustró el Señor a mi alma tal luz de sus divinos misterios hi de su umanidaz divina que andava no como viandante deste miserable siglo sino como si tuviese mi morada con el Señor en los Cielos. Algunas veces que el Señor me degava en mi pleno conocimiento desta vida mortal me parecía que no vivía hi estava como violenta, que el trato con las personas me davan fastidio hi el vivir de martirio las cosas deste mundo me davan tal mela[n]colía que cada istante me parecía acavava con la vida. Me tuvo el Señor así algunos días, pero pocos. Io no cesava [de] llamar al Señor. Le decía: «Señor, ¿cómo degáis a vuestra esclava tan sola, ¡triste de mí!, algún pecado hice. Ten señor de mí piedaz». Estando en mis desconsuelos por la falta de mi Señor, con

el temor si le avía perdido por mi fragilidad humana, oí un voz en lo hinterior de mi alma que me decía: «Hija mía, no temas, aunque te a parecido que as estado sola hi desanparada io hi mi Madre Santíssima hemos estado a la vista alegrándome de verte en tus desconsuelos. Aquí me tienes, recovra tus fuercas hi te digo, hija mía, que io no te he de faltar en tus trivulaciones. En esta ocasión no sé cómo ponderé los afetos con que recibí al Señor, el goco con que mi alma se vio, las cosas que al Señor se me ofrecía el decirle. Entre las muchas le decía: «Señor hi dueño de mi alma, si savís que de no estar con vos no vivo, en vuetra ausencia muero, no me degéis sola, amor mío, vida en qui[e]n vivo, hi fuera de vos nadie vive, no me desanparéis, pastor mío, consuelo de mi alma, vida de mi coracón». En estos afetos pasé los días en amistad y trato con el Señor.

Sucedióme que dentro de pocos días un goven lo vien acamodado (sic) se vino aposentar a casa de mi padre porque heran conocidos los dos. No sé cómo éste supo que io quería tomar el santo ávito. Él esperó ocasión de verse conmigo a solas. Io le conocía la intención hi me señorié de mí misma para escucharle todo lo que se le oferciera el decirme pero con el coracón figo en mi soberano dueño. Éste tal, pensando conseq[ui]r su vuen intento, me dijo: «Señora, tengo entendido que se determina a ser religiosa. No sé con qué conciencia lo hace. A mí me da lástima que se cautive de hesa forma». «¡Lástima!», volvió a decir, «Io estoi vien, tengo vastante para pasarlo con decencia, así [que] dígame la verdaz». Io le escuché con enteraca hi le dige: «Amigo, en lo que me pregunta no le pu[e]do dar racón. Es cierto que mi vocación es de ser reliligiosa (sic) hi la palabra del Señor se a de cunplir hi espero del Señor hese veneficio hi que me coloque en los clastros religiosos (sic)». Volvió a su hinima, que si no hera lástima, que io dii en tal desvarió... Le conpuse con algunas racones hi el pago que el mundo da hi cómo el Señor acivara los gustos deste mundo pero io firme en mi interior. Le degé confuso pero dessengañado. Aquí fue después mi congoga, temerosa si avía tenido alguna complaciencia en todas las racones que allí pasaron. Esto pasó por la mañana. Lo mismo fue acavar que darne tan fuerte golpe el coracón que con lágrimas hi suspiros pasé todo lo restante del día pensando aver hecho ofensa a mi Dios o si me degé llevar de la vana conplaciencia. En fin, llegó la ora de recogerse los de casa. Ia llena de pena mortal me retiré a mi quãrto, adonde tenía mis hergercicios. En él tenía hecho un altar con un Señor [Ec]ce Omo. Me postré a sus pies hecha un mar mar (sic) de lágrimas i avergoncada de ponerme en su presencia. Le pedí perdón si en algo le tenía ofendido o si me avía llevado de algún afeto, pero que io en mis propósitos esta[ba] costan[te] hi firme que porque perdiera mil vidas antes de faltar a Su Magestaz. En mis promesas me quedé como sin alientos. Del mismo pesar miré al Señor hi le vi reír i a mi coracón me avló hi me digo: «Recóvrate hi aliént[at]e en mí, María Antonia. Io te tengo perdonada todo heso que as tenido. Io lo permití hi tus temores, pero te digo me estava gloriando de ver tu firmeca. As de saver, hija, que estava io a la vista guardándote de la sutileca de la vestia infernal hi sé ia que no puedo acerte caer. Te levanto la gera en tu alma. En sí, me ofen-

diste hi caíste, pero alienta tu coracón hi vive en mí, que io tanvién vivo en tu coracón». En medio de mi congoga recover (sic) tanto esfuerzo que covré nueva vida. Le di al Señor gracias por que se dinava favorecer a tan vil criatura como io. Cesó esta tan dulce conversación quedando mi alma llena de celestial goco y consuelo. Quedó mi alma en una calma que me parece vivía en el Señor más que en mí misma. Me favoreció el Señor desta suerte algunas veces. Si estava en la yglesia el Señor niño se me ponía en el regaco con tales festegos que algunas veces salía fuera de mí; otras, aciendo lavor, pero en el trato hi conversaciones se me mostrava el Señor de aspeto grave. En unna de las conversaciones me digo el Señor: «Yja, cela mi onra y gloria». Desapareció hi me quedé sin saver cómo componerme hi dige: «Señor, ¿así me degas?, decizme cómo lo he de acer. Io deseo todos os amen hi conozcan vuestra grandeca hi misiricordia». Diome el Señor luz. En adelante puse todo el quídado en conversaciones, defender al prógimo, poner paz a los casados, con peligro de la vida pues en una ocasión el Señor me livró del peligro, que no quedase muerta porque el marido de una vecina estava lleno de cólera con su povre muger que visto todo de mala suerte me puse en medio. Él hera sastre pero tan ciego estava que vino a mí con unas tigeras grandes a clavármelas en mí. Qui[so] el Señor hi el álgel (sic) de mi guarda que le detuvieron. Io le dige lo que convenía para su alma. Se pacificaron a fuerca del Señor que lo hico. Otras veces en viendo alguna discondia o mal vivir que io no podía remediar luego me hiva a la oración a pedir al Señor mirase por su maior onra y gloria. En fin, todos me clamavan para sus alivios o males. En medio de estos veneficios del Señor, antes o después me los mezclava el Señor ia con dolores, co[n] persecuciones, oposición de criaturas molestándome con mil invenciones para perder la paz.

En fin, ia el Señor se conpadeció de mi fatigosa tarea hi de peligros se me ofrecían, sin poderlo remediar suspirava al Señor me sacase del siglo hi me apartase del vul[1]icio mundano. Dispuso el Señor me diesen el santo ávito con tanta prontituz que parecía visible el Señor me recon[for]tava por istantes. Fue cosa prodigiosa. Asta entonces nadie se movía, pero el Señor que lo tenía por su cuenta avrió los coracones, que el mismo confesor se pasmó de ver que sin el menor travajo todo se le conponía hi le ofrecía todo lo que hera menester asta completar la ovra, pero que mucho se le conpusiera si la Señora hacía sus veces. Tomé el santo ávito con mucho contento de todos. La víspera de tomarle ia el Señor me comencó a perparar nueva era, con tan fuertes vómitos que astoi me an continuado. Tomé el ávito el año de cinqüenta hi quatro. Éste día estava mi coracón lleno de goco de ver cunplida la palabra del Señor. Me llevaron a tomar el santo ávito hi llegando la ora me llevaron a la portería con la solenidaz con que se acontuvra. Hice mi despedida de los circustante[s] con grande resuluçión, que sólo de ver mi esfuerzo todo[s] lloravan. Fue el contento de toda la comunidaz, que no savían qué acer conmigo. Lo megor estuvo que al poner io los pies en la clausura fue tal la congoga que me dio que todos los mienvros del cuerpo se me conmovieron con el temor que fue el tenvlor tal que se me figuró cuando el Señor estava en el güerto hi la entrada que tuvo en Gerusa-

lés. Así a mí, a pocos días, determinó el Señor quitarme todos los gustos, pero io dada a todos hegercicios espirituales hi contenplación antes o después de los hegercicios de novicia, que son vastantes, me recogía en el interior de mi alma. Las noches sino lo preciso para el descanso no tomava más. A las tres, otras a la una de la mañana, me levantava desde esta ora asta ir al coro. Lo gastava en la oración hi contenplación sin salir de la alcova. Allí tenía grandes ratos con el Señor niño hi su Santíssima Madre. La semana que me tocava de despertar la cumunidaz lograva de hesa livertaz hi me aprovechava de lo (sic) ocasión. Mi maestra no degó de trascender algo hi compasiva me dava todas las alargas que podía. El año del noviciado lo tuve tan penoso que sólo el Señor que tomó la mano en defender a la hinocencia de su indina sierva save lo que pasé. Unas, que hera veata; otras, que tenía diavlo, que hera hipórcita; otras veces que el diavlo me tenía engañada; otras veces me hivan a registrar la cama. Mi pena hera tal que pensando que todo lo que decían era verdaz le pregunté a mi confesor hi pedí me dessengañase hi si caminava con seguridad. Me respondi (sic) caminase adelante hi no me parase [j]amás. Conocí en esto que todas las contradiciones, persecuciones llevadas con paciencia me podían ser meritorias. Es cierto que de perseg[u]idoras lo más que me consolava heran dos o tres, todas las demás se ancían cargo hera cosa del diavlo hi se lastimavan. Io por heso no me apartava un instante del trato hi convesación con mi amado Jesús. Un día estava sola en el noviciado. Enpecé a llarpir (sic) *mi querido dueño...* Estendíanse tanto mis afetos que salí de mí. Me llevé mi ora con el Señor paseándome por la pieca en una conversación qual se dega discurs[r]ir. Me dio el Señor a saver su divino ser, su gloria hi santísimi (sic) umanidaz; en otras, lo hingratas que son las criaturas. Otras veces lo mucho que hagrada la oración por los pecadores hi los que estavan en pecado mortal, por el estado de la Santa Madre Yglesia, por el estado sacerdotal... A este modo otros (sic) muchas cosas tanvién me decía todo lo que Su Magestaz avía padecido por salvarnos, lo que padeció su Santíssima Madre en todo el tienpo de su pasión. Todas mis fatigas el Señor me las fue mezclando con estos consuelos. Un día, día después de vísperas, estava que no sosegava. Me retiré a la alcova donde dormía hi diciéndole al Señor: «Aquí tenéis a vuestra sierva». Vi a María Santíssima con su Santísimo Hijo en los vracos. Le dije mi[l] ternuras. Reciví de la Señora mucho consuelo hi destas visitas las tenía mui a menudo. Otra vez estando en la oración vi a la Señora con su Ijo en los vracos. Io llena de encendido amor hi llena de goco le pedía no me desanparase ni me degase de su mano, que no permitiese me perdiera. Me hechó el Señor los vracos he diciendo su Madre Santíssima: «Hija, no temas, que io hi mi Hijo estamos a tu defensa». Le entoné al Señor el *Te Deon Laudamos*, como lo hacía otras veces. En las visitas del Señor niño me reclinó el Señor a su pecho, recovré grandes esfuerços hi toda avrasada en amor no savía cómo reconpensar al Señor tanto favor. Le ofrecí mi alma hi potencias. Desapareció quedando mi alma llena de incomparable goco.

Otro día acavé de comulgar, estava en el Señor toda aforta (sic). Me degé llevar del afeto suspendida todas las potencias hi sentidos. Vi al Señor como de hedaz de

unos quince anos. En su conpañía la Señora. Con esta visita se llenó mi alma de tan celestial goco que avrasada mi alma le pedía con vivas ansias la fortaleciese su coracón. El Señor avló a mi alma palavras de tal consuelo que conociese al[i]ento para todas las pelías. Le pedí, como vuen pastor, mirase por aquella ovega que desseava ser de su revaño. Me me (sic) tomó de sus venditas manos hi llevándome a la llaga de su divino costado me digo: «María Antonia, en mi costado tihenes casa hi morada. Hi te digo que no te degaré un instante. Ia saves te tengo por esposa. Hasí te digo as de provar del cáliz de mi pasión». Vi que el Señor me puso sobre mi caveca una corona despinas. Los dolores que padecí entonces no los sentí ni en t[r]es o quatro días, pero io le digo al Señor: «Señor, toda soi vuestra hi deseo hitaros en tada (sic) vuestra pasión, como verdadera esposa vuestra, sólo os pido no permitáis que la vestia infernal me pierda». «Ia te digo, ija, cor[r]es por mi quenta hi te digo que al henemigo le he dado licencia para provar tu fortaleca. Con hesa prevención vive». Desaparecieron, hi vuelta a mis sentidos quedé como pasmada, ni poder avlar sino lo mui preciso. En tres días no pude comer onca de comida. Se lo digo a mi confesor el pasage. Me encargó mucho la tolera[n]cia en los travagos hi pues que el Señor me prevenía no desmaiase en nada le di las gracias al Señor por su misericordia, hi después comencé a sentir los dolores de la caveca con tal vemencia que parecía que perdía el sentido. Un día estava de tal suerte que sin saver de mí me salí del noviciado perdiendo el sentido de dolores. Conpasiva una religiosa me recibió en su celda asta que me fue pasando mi marea. Otras veces heran los dolores tan vemente[s] que padecía en los costados, que las costillas del estómago parecía salían de su lugar de suerte que por de fuera veía la carne toda acullada de cardena[les]. Un día tomé tal susto que se lo digo a mi confesor. Él se pasmó, pero como estava hecho cargo de los antecedente[s] me consolava hi hesforcava mi espíritu con la memoria del Señor. Estos dolores todos los ofrecía por los pecadores hi ánimas del santo Purgatorio. Hi por todo lo que el Señor me avía dicho gustava le pidiese. Fueron fueron (sic) muchos los trabajos que padecí todos los tres años que llevé de noviciado.

Otro día vístome tan apurada, pensando que el Señor me avía degado, suspirava llamándole con vivas ansias. Estava en la oración. Pedíale recibiese mi coracón hi no me desanparase. Vi la Señora con su hijo en los vracos. Covré nuevos alientos hi le ofrecí tuviese mi coracón para que entre tantas fatigas hi peleas no desfalleciese. En este sacón vi al patriarca san Francisco hi el glorioso santo Domingo, el patriarca san [Jose]ph. Toda enardecida el Señor me llegó a su pecho hi perciví dentro de mi alma unas palavras alentando mi espíritu. Io estava que parecía la vida se me acavava. Me recovré en el pecho del Señor. Me puse como un volcán encendido hi el Señor me digo: «Hija, io te concedo lo que me pidas. Io todo soi tui. Mira ahora lo que me das como esposa». Como io le tenía ofrecido mi coracón hi mi alma hi potencias reclinada al pecho del Señor no savía lo que acer. Levantéme de rodillas en espíritu, miré aquella santa conpañía toda asorta, se reió el Señor hi me digo: «Hija, ia me as dado todo lo que me ofreces, ¿ves en mis manos tu coracón?. Testigos los dos patriarcas hi tu devoto, mi padre putativo, hi

mi Santíssima Madre. Toda esta tan amavle compañía me consolaron ale[n]tando ma (sic) alma. Desaparecieron. Quedé toda tan trasformada en el Señor que me parecía vivía en Él.

Otro día estava recogida en mi interior. Vi al Señor todo glorioso. Otras veces le estava mirando en su trono en la gloria. Aquí perdía el sentido hi llorava como una perdida. Le dava voces en el interior de mi alma me llevase o me participase algo de su gloria, pero que quería padecer por su amor. Estando en el refetorio, al mediodía, me puse como una llama encendidi (sic) hi me pareció estava trasformada en el Señor glorioso. Le pedí a Su Magestaz que no quería regalos ni delicias, que me las guardase para megor ocasión. Volví a mi ser con mil fatigas hi penalidades.

Estando en hegercicios para profesar estava en mi retiro como se acostumbra en hellos. Logré el retiro de todo comercio umano. Tenía con el Señor grandes coloquios, unas veces el Señor niño como si fuera como los deste mundo. Hacía mil caricias hi nos divertíamos los dos.

Otro día estava apurada hi con vastantes pesares, hi una tarde por esparcirme con mi Dios me puse a la oración, quedé fuera de mí, me vi en un monte todo des-povlado. Se me apareció el Señor clavado en la cr[u]z. Al pie de la cruz estava la Señora. El Señor estava tan desfigurado hi lastimado que me quedé tan oprimida que llena de compasión hi lágrimas el coracón se me ar[r]ancava en ver tan triste espetáculo. La Señora estava tanvi[én] tan afilgida que io no savía lo que por mí pasava. Levanté la vista hi todo el monte, todo povlado de gente. El Señor estava de gusticia, la gente le clamava. Io que me vi en tan confuso travajo me ar[r]ogé a los pies del Señor pidiéndole se conpadeciese de toda aquella gente que le clamava. El Señor parecía a todos los quería confundir. Le dige: «Señor, detenez el rigor de vuestra gesta (sic) hira con el pueblo christiano. Señora aquí tenéis a la que más a ofendido Vuestra Soverana Magestaz». La Señora, de ver mis súplicas, le digo: «Hijo mío conpadécete de tu sierva en su aflicción». Io le volví a rogar puesta a sus pies y le dige: «Señor hi Dios heterno, vien conozco estáis vastante ofendido. Aquí me tenéis a vuestros pies llena de lágrimas. Descarcar (sic) sovre mí vuestra gusta hira hi me ofrezco padecer todo lo que Vuestra Magestaz me determine por todos los pecadores». Volvió la Señora y le digo: «Yjo mío, conpadécete de los suspiros de tu esposa. Ia veis le diste palavra delante de mí hi de su amado devoto, mi esposo, que la concideráis todo lo que os pidiese. Hi pues, hijo mío, hella se ofrece al descargo, oíz sus ruegos». Volví hi le dige: «Señor, vue[s]tra palabra se a de cunplir». Avló el Señor esta[s] racones: «Hija, hisposa mía, mi gusticia se a de acer. Me tienen muy henogado el estado heclesiástico, está relagado. En esto me tienen muy henogado. No ha vastado el aver venido al mundo a darles henseñanca, padecer asta verme como me ves, pero, yja mía, condescien[do] a tus ruegos perdonando a todos los mu[n]danos». Desclavó el Señor una manho hi hechando la vendición sovre toda aquella gente desapareció toda la visión. Quedé dando al Señor las gracias pero estava tan masmada (sic) que io no savía lo que por mí pasava. No

cesé en algunos días de estar llorando la ingratitud de los pecadores con su Dios. Me puse tan mala que parecía se me acabava la vida. Le di a mi confesor parte del suceso hi le pedí que en el confes[i]onario que reprendiese los vicios. Él se pasmó. Lo más que me digo: «La lástima es que es cierto todo lo que me refiere. Está todo perdido, que no sé qué oídos ai para escuchar tantas maldades». Me consoló esforcando mi espíritu. Io no alentava porque me quedó tan inpreso el pasage que me davan congogas mortales. Me quedé un día en una suspensión fatigada de mil con congogas. Le pedí al Señor me fortaleciese pues me veía morir. Vi que vino la Señora hi su santo hesposo san Jo[se]phe. Io que vi [a] la Señora me caí en sus vracos ia sin fuerças. Entre la Señora hi amado san Josephe me tuvieron en sus vracos. Volví de mi congoga hi vi a mi amado esposo con veneravle senvlante hi diciéndome: «Hija hi esposa mía, cerca estado de tus penas hi te digo que me co[m]padezco de las afliciones de mis siervos, pero mi glorío en verles padecer porque así conviene para mi maior onra hi gloria hi salvación de las almas. Me tomó el señor hi llegándome a la llaga de su costado hi pecho me quedé como descansando. Toda llena de lágrimas pedí al Señor no me degase de su mano hi que le pedía por el estado de la Santa Madre H Iglesia. En esta ocasió[n] me dio el Señor a entender lo trocado de los tienpos hi vuelta de todas las cosas, la vanidaz que suviría de su punto, la sovervía hi demás vicios, el estado sacerdotal poco venerado, aun de los mismos sacerdotes. Le pedí al Señor cor[r]igiera nuestros coracones hi diese a todos un amor santo. Hi desde entonces sienpre pido al Señor por todo el estado sacerdotal hi por todos los mundanos. Volví en mí mui fortalecida, como animosa. Desaparecieron aquella divina visita, me quedé tan umillada hi negada a mí misma que todas las cosas ter[r]enas las tenía en nada, ni aunque me molestasen mis ermanas, todo me parecía nada aciéndome cargo que más merecía por mis pecados, pedía al Señor por las que más me molestavan provando mi paciencia. Sentía tanvién una fuerça grande de padecer por el Señor hi de acer rígidas penitencias, pero en esto mis confesores me ataron las manos por mis oficios tan pesados. En lo demás me davan rienda a mis efetos. Ia veían tanvién en esto los peligros hi cosas que se ocasionavan pues algunas veces llevada de mis afetos me quedava sin hacer movimiento alguno. Otras veces, después que comulgava me quedava fuera de mí hi me avía una que me tenía a su cargo llevarme del coro a una celda retirada asta volver a mí ser. Ésta hera mi maestra. Hella me quería lo vastante hi recelosa de que no hiciesen connigo alguna tropelía estava la povre señora a la vis[ta] de todos mis movimientos. El confesor sabiendo todo lo que pasava me mandó, valiéndose de su autoridaz, que luego que acabasen de decir misa me retirase a mi celda o a mis ovligaciones. En esto sienpre lo procuré con toda solicituz. Me mandó le pidiese al Señor me quitase todo lo que fuera exterior hi si fue en lo púvlico hera una como todas, sin más ceremonia. Esto siempre lo tuve. Io he sido de genio vastante divertido, sin ofender al prógimo, enredando como todas, saviéndome vien un rato de pandero que es el istrumento de recoletas en estas diversiones. Sienpre traía por delante sin perder de vista a mi Señor.

Otro día, día de la Hesaltación de la Cruz, salí de vísperas, retiréme al noviciado hi sentándome a mi lavor sentí en mí una fuerca interior. Degéme llevar del afeto con que el Señor me llamava. Salí de mí siguiendo al Señor en su llamada. Se me puso una cruz de vastante altura, de color rogo, al pie della estava la Señora. Al ver la santa cruz dessalava mi coracón en afetos. Deseava verme en hella crucificada a hemitación del Señor hi que participase con su indina esclava de lo que el Señor hen hella padeció. Me esforcó la Señora mis deseos, sentí en el pie derecho hi todo [a]quel lado vemente dolor, de forma que me dio un tenvro[r] tan grande [que] como estava metida en mi interior no lo sentí tanto como después de salir de mi rauto (sic). Tres oras estuve sin vorver en mí. Desapareció la santa cruz quedando figa en mi coracón. Todo el restante del día lo lle[vé] con tales dolores que llegando la noche reparé qué hera lo que me molestava tanto. Vi en el peine del pie del grandor de un rial de plata todo moretiado hi como para reventar la sangre. Conocí el misterio. Le di al Señor las gracias. Se continuó desta forma algunos años. En tiempo de Semana Santa me molestava más. Desde la *Dominica in Pasion* lo llevaba en un tormento asta al Sávado Santo, hi después asta las Pasquas de Pentecostés todo lo llevaba con gusto. Fui sienpre hi he sido mui devota del crucificado no saliendo nunca de su santíssima pasión, salvo quando mi confesor me manda si son días de algún misterio grande medite en el misterio del día, como ha sido. Por la ovediencia he logrado grandes favores del Señor, no le digo por saverlo vuesa paternidaz.

Otro día estava contenplando el Señor crucificado. Pedíale por los pecadores hi tanvién le pedía llena de lágrimas me hiciese participante de Su Magesta[d], de sus divinos trivutos. Se me apareció el Señor crucificado hi tan lastimado que el coracón se me partía de dolores. Clamé al Señor diciéndole: «Mis pecados os tienen de hesa for[ma], haz que todas las criaturas se convierta[n] hi se ar[r]epientan de sus pecados. Traspasa, Señor, mi coracón con las sahetas de vuestro divino amor», le decía. Hi tanvién le pedía hiriese mi pecho para heterna memoria. ¡Cosa de azmiración!. Al poder di Dios nada dificultoso. Estava en estas palavras, mirando al Señor al pie de la cruz vi que despidió el Señor de su costado a mi pecho como una espadañada que parecía toda de color de sangre. Sentí mucho dolor con este lardo (sic), me quedó señalado por mucho tiempo. A onde perciví el golpe en esta ocasión tenía mi pecho que parecía llamas encendidas. Io toda avrasada. El Señor desapareció. Quedé con tantos deseos de padecer por mi amado que se dessalava mi coracón.

Otras veces me quedava en algunos ratos del día el espíritu considerando al Señor en la Gloria. Parecíame le vehía en su real trono ar[r]odiado de hinumerables santos hi de los vuenaventurados. Se me ponía esta consideración tan viva que mirando al cielo salía de mí. Esclamava a voces en el interior de mi alma hi decía: «Señor, ¿cómo os alvidáis de vuestra esclava? Os veo en la Gloria hi io en tanta miseria como el mundo da de si hi en tantos peligros». Llorava amargamente de verme en este siglo mortal. Vuelta a mi ser decía: «Hia, alma mía, ten paciencia

que aún falta mucho que andar, no te fatig[u]es, amiga mía, que ia el Señor save cuándo a de ser la gornada». Pedía al Señor morir o padecer. Destos afetos he tenido muchos hi mui continuos. Alentavan mis deseos hi esforcava mi espíritu esforcando mi esperanza.

Un día, cosa de azmiración hi de confusión para mí, me quedé en el coro. Un día después de misa hi recogida en mi interior pidiéndole por los pecadores hi por todos los que estavan en pecado mortal, fue cosa pazmosa. Vi a la Señora con su Divino Hijo en los vracos. Hio llevada de mi afeto prosig[ui] mi petición. Decíale al Señor mil ternuras hi que se doliese de las miserias humanas. Vi al Señor ia como de diez años hi después como de trein[ta] años, el rostro severo. Le dige: «Señor de toda misericordia conpadeceos de todos los mortales. Vien conozco estáis mui ofendido de nuestras ingratitudes (sic)». Avló el Señor a mi coracón diciendo: «Hija te digo que me tienen los pecadores mui ofendido». Vi al Señor que se trasladó en la cruz tan lastimado su santíssimo cuerpo que todo me pareció una llaga. Hice al Señor mil súplicas toda vañada en lágrimas. El Señor amenazando gusticia si los pecadores no se arepentían de sus culpas. En fin, me parece me vi en el guicio final. Desapareció el Señor, quedó mi coracón lleno de compasión hi pena de aver visto al Señor tan afligido hi tan lastimado. Di parte a mi confesor hi le dige me diese licencia ia que no podía salir a predicar a los mundanos, me degase acer unas papeletas hesortando a penitencia hi que el Señor les prometía castigo si no se ar[r]epentían. Éstas las quería io hechar que cahieran en la calle, en parage público. No condescendió en esto, pero io conpadecida ofrecía al Señor padecer todo lo que de su mano me viniese hi que descargase sobre mí su gusta hira contra los pecadores pues io hera la maior de todos.

Otro día, hera día de Pascua de Espíritu Santo, me puse a la oración. Es cierto estava vastante apurada i afligida por llena de temores por lo pasado. Temía ser io la que al Seseñor (sic) tenía ofendido. Hera mi temor tal que no osava mirarle. El henemigo me acá mil acusaciones hi amenazas de que degase mi tarea con mil invenciones, hi que si caminava adelante con aquella vida me despeñava. En fin, me puse a la oración confiada en la misericorda del Señor. Pedíle me diese su divina luz hi gracia para vencer las fuertes sugestiones del henemigo que procurava contra mí hi que mi tarea por el Señor la avía enpecado hi por Su Magestaz la havía de acavar, ayudada de su divina gracia. Me quedé en mi recogimiento llena de confianca en Su Magestaz. Vi que se me puso una cruz delante vastante alta. Encima de la caveca de la cruz una paloma de vastante hermosura. Miré con atención aquella figura hi lo que más mirava hera la paloma en la caveca de la cruz. Hera el resplandor que dava de sí los raios que despedía, que todos venían a despedir. En mí fue el ardor hi el fuego que se concentró en mi coracón hi en mi alma, que no savía lo que por mí pasava. Io deseava verme en aquella cruz clavada a himitación de mi amado Jesús. Desapareció esta visita pero no cave en la ponderación humana, como que se me quedó el entendimiento tan lleno de aquellas especies ta[n] vivas hi tan hilustrado, tan sin temores hi tan llena de amor al Señor, con un deseo tan insa-

ciavle que por mucho que padeciera todo me parecía poco. Io le decía a la vestia infernal: «Anda que de ti no he de acer caso, por más que me persigas as de quedar como tu heras. Mi Señor le tengo a la vista para defenderme. Anda maldito a los calalavocos (sic) del infierno». Como se vio cogido estava tan ravisoso contra mí que no degó medio por donde me persig[u]iese, unas veces en sueños, otras por medio de criaturas; otras molestándome en el cuerpo con tantos dolores que algunas veces me acía cardenales, otra[s] veces me ponía mil fantasmas, pero cuando más me asustó fue un día. Estava en la cumunidaz en la oración, después de vísperas me quedé recogida en la oración. El henemigo me puso por delante que me venía[n] a vuscar tres negros. Me aprecía los veía entrar por la puerta del coro. Io que vi que aquellos negros se ace[r]cavan a mí, llena de pavor llamava a mi Señor, a la Señora, a mi amado san Joseph. Al decir: «¡Jesús!», se retiravan de mí. Si no vehía se me acercavan. No cesava de llamar ¡Jesús!. Fue tanto la fatiga que tuve que me parece no he visto persona[s] más feas. Volví en mí llena de pavor. Se lo conté a mi confesor. Esforcóme mucho para las vaterías del henemigi (sic) hi no andava más que a der[r]jivar el castillo de mi alma. El confesor se lastimava, acudíame con los remedios de la sagrada comunión. Con éste covrava fuerças para todas las vaterías de la vestia infrenal. Ia dego citado cómo el Señor recibió mi coracón pues se lo vi en sus venditas manos. Antes desto sienpre le ofrecía mi coracón hi después le decía: «Señor, mi coracón es vuestro».

Un día dige a mi confesor: «Padre, io estoi sin coracón». Se reió hi me dice: «Pues, ¿cómo vive[s]?». «Padre, todo se puede en Dios hi pendemos de su voluntaz. Lo que sé decirle, padre, que desde que al Señor le ofrecí mi coracón hi se lo vi en sus manos no lo he sentido dentro de mí, ni el menor movimiento». Se quedó esto así. Sólo el confesor me digo con mucho contento que el Señor me volvería. Fue cosa de azmiración. Estando un día en oración, sintí tantos afetos, degada llevar de la llamada del Señor vi a Su Magesta[d] calvado (sic) en la cruz. Deseava verme con el Señor clavada. Vi que el Señor me dice: «Hija, toma tu coracón». «Señor», le dige, «megor está en vos hi más seguro de las cosas ter[r]enas». «Hija», me digo, «recívelo hi no temas». Vi que el Señor lo tomó en su mano hi poniéndolo en su llaga del costado vi le tomó hi me le volvió. Cosa rara, desapareció el Señor hi luego sentí tal movimiento en mi coracón que algunas veces parecía un cinvanillo, que ni io tenía sosiego. Al mismo tienpo sentía quando comulgava lo mismo, lo mismo en días del Señor o la Señora. Tanvién noté mirava mi coracón en mi interior hi vile tada (sic) el Señor figo en él cruzcificado con todos su[s] atrivutos de su santíssima pasión. Desde entonces ai temporadas que padezco en el coracón fuertes dolores hi me de de (sic) tanvién con la costunvre de adorar al Señor en el interior ar[r]udillada a susus (sic) pues (sic), en mi coracón diciéndole: «Señor, pues estáis en mi coracón no permitáis tenga el menor apego a cosa ter[r]ena».

Del Santísimo Sacramento siempre tuve mucha devoción, quando hera peceña hi lo llevavan [a] algún enfermo si no le podía aconpanar desde donde le veía aun-

que fuera en medio de una calle me quedava ar[r]odillada sin reparar al lodo ni al sol por su tiempo.

En los aiunos me parece todos los días lo heran. Las quaresmas los aiunava todos con la comida del mediodía. A la noche si no lo podía remediar la colación hera por ceremonia. En algunos años no tomava nada de ventiquatro a ventiquatro oras. Aiunava tanvién la quaresma de San Miguel hi los azvientos. En algunos días no comía más que pan i agua. En algunos años no cenava más que hacer colación asta que las muchas enfermedades que la misma necesidaz fue preciso darle algún alvitrio por mis confesores. Toda la vida fui en la comida tan astinente parecía comía por ceremonia siendo tan delicada en comer hi verer (sic) que todo me dava fastidio. De naturalece tanvién toda la vida fui vastante delicada. Sólo en el servicio del Señor allava revustez. En lo penal nunca salí de la[s] órdenes de mis confesores. En aiunos, cilicios hi desciplinos sienpre tomé consego hi en todo lo demás en los disciplinos unas las tomava de ora entera, otras de menos, tomándolas dos o tres veces al día, usándolas tanvién de hier[r]o. Los cilicios unas veces tanvién solía traherle continuo. Esto hera a la volunta[d] de los confesores. Tanvién he tenido te[n]poradas de no comer de ventiquator a veinticuatro horas sin que me hiciese falta la menor. En todo lo referido, en lo que tuviese vuesa paternidaz duda, me lo dirá, hi todo lo dicho si a la ora de la muerte me lo mandasen gurar a mí conciete me parece lo gurara con la satisfacción de ser así lo dicho.

Hi va todo de lo escrito devago de confesión hi secreto natural pidiéndole al Señor perdón de mi tivieca hi resistencia que he tenido en acer la voluntaz de mi confesor, pero a sido movida del conocimiento de mi misma misiri[a], pareciéndome que en tal vil criatura no havía de el Señor ostentar su poder hi acerle tastas (sic) misericordias. En los pasage[s] que savedes que me confiesa con vuesa paternidaz desca[n]so pues ia los save, hi si pido al Señor le dé su divina luz para el megor acierto hi gobierno de mi alma hi puesta a sus pies le pido perdón de todo hi le pido al Señor me dé su divina gracia hi acierto para saverle servir hi acavar esta vida mortal en su divina gracia hi que guntas nos veamos los dos en las vienaventuranca. Amén, Jesús.

¡Viva Jesús!.

En una ocasión me allava sumamente fatigada siendo de semana de cocina, llena de dolores y penalidades de avenidos, que me parecía inposivle a mis fuerzas poderle llevar. Llamé por mi dulcíssimo Je Jesús (sic) y mi Santíssima Madre, María Santíssima. Sentíme con mis afliciones y dolores que parecía se me acavava la vida. Me quedé como traspuesta con una serenidaz tan grande y como que me quedava dormida. En esta suspensión vi a María Santíssima y a su Santíssimo Yjo como de unos quinze años vestido de una túnica ni vien morada ni parda. Me consoló la Señora y me dijo: «Yja, no temas pues contigo estamos hi a la vista con mi Yjo, tu esposo, y mi esposo san Joseph, el que se alló presente». Entonzes me dio a entender los muchos trabajos que avían padezido en la vida y mi amantíssimo

esposo, y así que ya tanto les amava me partizipavan de sus regalos. Estava llena de una consolación tan grande que todos los trabajos no me parecían nada. A esta sazón vi que mi Señor me po (sic) puso una cruz sobre el onvro izquierdo. Fue el gozo que tuve que todas las penalidades desta vida y trabajos nada me parecían. El Señor me ofreció su asistencia y que le avía de ismitar (sic) y a su Santíssima Madre y a mi padre san Joseph. Después de los favores que recibí desta tan dulce visita volví de mi sueño con tan fuertes dolores en el onvro que me quedaron por mucho tiempo. Quedé tan sedienta en el padezer que si me dava el Señor alivi[o] en mis ajes me parecía se olvidava de mí y siempre le suplicava morir o padezer.

Otro día me retiré a descansar a la siesta. Pedía al Señor se doliese de mí y me diese fuerzas para llevar los trabajos desta vida y todas las penalidades y que no me tuviese ociosa. Sentí una llamada interior que me quedé traspuesta. Vi un joven mui hermoso que me entregava dos coronas, la una hera despinas y la otra de flores, tan hermosas y tan resplandecientes que mis ojos no las vio del género. Yo con la sez que he tenido de padezer y llevar trabajos dije: «No estoy en tiempo de llevar flores sino las que llevó por mí mi amantísimo Jesús y hesposo». Y hasí azmito la de espinas, y la de flores me la reserve el Señor para la otra vida. Me quedé tan serena y llena de gozo que todas las penalidades me servían de consuelo para mi alma.

Otro día no podía descansar desde la mañana con una llamada tan fuerte que viéndome desocupada de las fahenas de mis ovligaciones heran las nueve de la mañana, día de Santiago Apóstol, me retiré al coro a la oración que acostunvrava a tener todos los días salvo lo los (sic) que por la ovediencia no podía, que entonzes me lo suple. Me quedé en la oración. En hella vi a María Santíssima con su dulzísimo yjo en los brazos. Vi a mi padre san Francisco, al patriarca santo Domingo. La Señora estava tan risueña y el niño que yo tan llena de gozo me disacía en afuetos (sic) a la Señora y al niño, el que llegándome a Su Majestad[d] me hechó sus brazos divinos. Yo le pedía por los pecadores, ánimas del santo Purgatorio y por el estado heclesiástico. Acetó mi súplica y me dio la Señora a entender avía de prevenirme para la vatalla, pero que no temiese, que me asistirían y que los dos amados sihervos san Francisco y santo Domingo sería[n] mis defe[n]sores y guarda mía y que tanvién avían pasado fuertes trabajos. Desaparecieron quedando yo tan fuerte y costante en el padezer y tan prevenida con el anuncio, que, pasados algún tiempo, se levantó una vor[r]asca en mi alma que a no aver perdido la vida lo tuve a milagr[o]. Fueron tan ter[r]vives las sugerestiones y tentaciones de la vestia infernal contra la virtud de la pureza, que yo perdía el juicio y temerosa de que no me yciese la vestia infernal dar de ocicos llamé a la oración a la Señora suplicándola pues tenía consagrada mi pureza desde lo más florido de mi hedaz y me avía livrado de tanto peligros no de dejase en tanto tropel de trivulaciones y me defendiese de caher. Llorava, me afligía, que llejó a término de que se me acavava la vida. Estando en esta fatija me puse a la oración. Vi a la Señora que con venino senvlante me consoló que no temiese, que a la vista estava para defensa de mi pureza virginal, que viviese confiada, que por ardides que la mala vestia tramase quedaría co[r]rido y sin logro en

sus astucias. Hechóme la Señora los vrazos y desapareció. Volví en mí llena de consolación y hecha un mar de lágrimas, pero mui consolada. Zesó la tormenta por unos días. Me recovré porque quedé que no parecía la que yo hera.

Antes de recibir algún favor o después heran tantas las trivulaciones que me acometen que sólo las fuerzas del Señor son las suficientes para resistirlas porque dijo que uviera perdido muchas vidas si las uviera tenido. Estava ya en alguna serenidaz de tantas trivulaciones pero el Señor, que permite no tener las almas ociosas alléme un día tan congujada, llena de mil trivulaciones interiores, hechéme a la siesta a descansar al qurato (sic). Era día de la Porcínqula de mi amado padre san Francisco. Quedéme a poco recogida. Vi a mi padre san Francisco, la Señora y mi padre santo Domingo, estos amados siervos del Señor. Nuestro padre san Francisco estava a la cavezera de la Señora, al medio de la cama mi padre santo Domingo, más adelante del otro lado de la cama un joven mui hermoso con una espada hen la mano. A los pies de la cama un o[m]vre fieríssimo con un estuche mui grande de flechas, las que me quería hi[r] disparando. Yo estava tan llena de una congoja mortal, llena de pavor de ver aquella mala vestia. Mi padre san Francisco me reclinó en sus vracos. La Señora me consola[ba] mucho y me confortó y la Señora mui veninamente me dio a entender que aquél que estava a los pies de la cama era la mala vestia que todas aquellas flechas las tenía para dispararlas a mi corazón, pero que no temiese, que los dos patriarcas y el ángel que vey a con la espada en la mano me avían de defender y la Señora que estava a la vista me reprendió na (sic) Señora algunas candidezes que con mis temores avía dicho aciéndome cómplice de mi ynocencia. La Señora me dijo avía de vesar los pies a tres religiosas a su honra y gloria y en reverencia de los dos patriarcas. Tocaron a vísperas. Yo llena de gozo interior y exterior. Desaparecieron aquella feliz visita. Fui acer la diligencia del santo juvileo. Yo estava como fuera de mí pero con el cuidado de cunplir lo que la Señora me mandó. Entraron las religiosas en vísperas, yho estava algo covarde de qué dirían si les vesava los pies, que asta lo bueno tiene contardiciones. En fin, estava en este vayvén y quería, y por otra parte me detenían. Volví a ver a la Señora. Lo mismo fue ver esto que quiso la fortune (sic) estava al antecoro tres religiosas, mis compañeras. La[s] vesé los pies y las supliqué me encomendasen a Dios. Después me postré entira, ofrecí al Señor y ha la Señora que se sirviese de aquel corto osequio. Quedé llena de tal gozo y contenta y tan enseñada a desviarme del qué dirán que si no fuera la sugesión de mi confesor todos los días yciera penitencia púvlica. Las palavras y pasajes desto, padre, no tengo ni lengua ni alcanzes vastan[tes] para yo poderlos referir. Sólo va lo sustancial. Sí que la Señora me mandó lo participase a mi confesor y que lo no hechase en olvido y que no le perdiese de mi memoria. Así a sido pues este pasaje con todos los demás los tengo tan presentes y hen todos en hellos mismos no ceso de pedir por los pecadores, ánimas del santo Purgatorio, por el estado heclesiástico y por las necesida[de]s de la Santa Madre Yglesia, por mis confesores y por todas las religiones de religiosos y religiosas y por todo lo que el Señor gusta le pida aunque indina de tal fa[vor] no le he pedido cosa alguna que Su Magesta[d] no me concediese, asta la saluz de

los enfermos, y este favor aun desde niña. Uno en particular diré de mi padre. Le dio un costado y mejoró dél. Volvió a recaer del costado. Lo sacramentaron y perdidas las esperanzas recur[r]í a la Señora y la dije: «Señora y Madre mía, mi padre se muere y ¿qué aré yo?. Apidadados (sic) de una povre donzella metida en las vor[r]ascas del mundo, ¿qué querfís que aga güérfana?. Mirazme co[n] piedaz y dar saluz a mi padre asta que me pongáis en estado de religiosa». Fue cosa milagrosa. Enpecó a mejorar y covró entera saluz, gracias a Dios, asta ponerme en estado.

[Relato del confesor].

¡Viva Jesús, María y Joseph!

Todo lo escrito en las treze fojas antecedentes se lo mandé escribir, pareciéndome conveniente para que en adelante no quedasen sepultadas en el olvido semejantes virtudes. Concluyó su escritura y la dije que no prosiguiese, que mientras yo la confesara corría de mi quenta el apuntar las cosas más notables.

Empiezo en el nombre del Padre, del Hijo y del [E]spíritu Santo:

Yo, fray Francisco Temprano, morador de este convento de nuestro padre San Francisco de Zamora *extra pontem*, empecé a confesar a la madre sor María Antonia de Jesús, religiosa profesada para fuera del coro en el convento de la Purísima Concepción de dicha ciudad, el día diez y nueve de enero del año de 1765. Fui tanteando su espíritu y echo cargo de su vida la obligué a que escribiese los pasajes que de su mano están escritos en las treze fojas antecedentes y en nada pongo duda atendiendo a las prendas religiosas que le asisiten sin hacer falta en nada a sus ocupaciones de comunidad son sus ejercicios espirituales muchos y quotidianos, tan obediente que ni en un ápice se aparta del dictamen de su confesor, constante en las tribulaciones y trabajos, en las persecuciones de algunas religiosas que le dan bastante que merecer, muy sufrida, poniendo siempre los ojos de su consideración en lo que sufrió su esposo Jesuchristo. Llegó su padre a tal pobreza que de su pobreza le obligaba a mantenerlo, por cuyo motivo tubo mucho que tolerar a causa de los continuos sinsabores que algunas religiosas le daban tratándola mal de palabras; pero a nada tomaba satisfacción dejándolo a cuenta del Señor en quien siempre tubo puesta su causa.

En este año de 65 se halló tan enfermo un sacerdote llamado don Blas Nebreda, de bellas costumbres, que le daban ya por muerto. Llegó a noticia de esta religiosa y me pidió licencia par[a] pedir a Dios por su salud. Se la concedí y fue Dios servido por los ruegos de su sierva darle la salud. Lo mismo hizo en otro hombre de dicha ciudad, movida de compasión por la mucha familia que dejaba.

Un día, al tiempo de comulgar se le cayó al padre vicario una partícula por el lado de adentro de la cráticula y la dijo la comulgase, púsose de rodillas, al tiempo de bajarse a tomarla con la lengua se vino la partícula a su boca, sin tocarla, así me lo confesó y no lo dudo; pues la devoción que tiene al Santísimo Sacramento es grande y más teniendo la pureza de alma que tiene, pues desde que tiene uso de

razón no tiene qué confesar sino una mentira leve; pero tiene tal confusión por esta mentira que ya se tiene por la mayor pecadora del mundo.

En la Quaresma inmediata, que empecé a confesarla, pareciéndole al médico y prelada que la devilidad y bómitos que le asistían era suficiente motivo para privarla de comer de viernes y guardar la formalidad de Quaresma que las demás vinieron en que comiese de carne. Con esto se afligía mucho, pero por sacrificarse a la obediencia de su prelada vino en ello. Todo era decirme que la diese yo licencia para comer de abstinencia y ayunar. Y como la veía flaca de fuerzas lo reusé, me parece fueron quinze días. Volvió a instar diciéndome que la diese licencia porque así era la bolumptad del Señor. En fin, le di mi bendición y licencia y con esto se fue muy contenta a la prelada y diciéndola ya tenía licencia de su confesor; la prelada se la concedió también. Empezó con su abstinencia y al punto empezó a mejorarse de que todas las religiosas se pasmaron y a mí me dijo que los quinze días que le había negado la licencia había estado en un continuo martirio. A una religiosa que tenía un dedo bastante malo la curaban con un unguento con el que perecía de dolores y el dedo se le ponía peor. Viendo eso la paciente se determinó a estar con la referida sor María Antonia de Jesús a quien le enseñó el dedo y así que le vio tan malo la dijo que no se afligiese, que la dejase comulgar primero (era día de comunión) y después pasaría a curárselo. Así lo executó porque tomando con su saliba un paño se lo aplicó y haciendo esta diligencia por dos o tres veces le quedó sano.

En el año de 1767 se halló el padre prior fray Andrés Trabada, visitador de la Venarable Orden de Penitencia, desauiciado del médico y zirujano a causa de un fuerte tabardillo. Yo sentía mucho su muerte, tanto que la dicha religiosa llegó a conocer mi tristeza y el motivo de ella. Díjela que hiciese oración por él y me respondió que viviese sin susto, que el día siguiente ya estaría muy mejorado, y por último que no mor[ir]ía. Y todo sucedió como lo dijo.

En el año de 68 sucedió lo mismo con el cozinero de este convento a distinción que la enfermedad fue de costado.

En dicho año, en el convento de monjas terceras llamadas de Santa Martha, se halló doña Bárbara Veloso, r[everend]a de dicho convento, tan apurada de un fuerte tabardillo que estuvieron agonizándola dos religiosos, siendo uno el reverendo padre Guardián de éste, tres o quatro días y noches, y así en opinión de éste, como del médico y zirujano se moría sin remedio. Mi dicha confesada era amiga suya y temerosa de que yo no la diese licencia para tanto como ella quería se valió de sus ejercicios y oración pidiendo por ella y libró la enferma. La reprendí severamente por haberlo echo sin mi licencia y me respondió en muchísima humildad conocía su culpa, que la diese la penitencia que gustase. Advertí asta aquí que siempre que pedía a Dios y a María Santísima de la Merced, de quien era muy devota, por algún enfermo padecía ella gravísimos dolores de cuerpo y cabeza que le ocasionaban no pocas veces fuertes calenturas, sin que nada de esto le impidiese el cumplir con su obligación y con lo que yo le ordenaba.